

EL HONORABLE MATRIMONIO SPECTRO

SILVER KANE

Spectro es un personaje de ficción creado por un dibujante y escritor de fama para sus publicaciones.

¿Es posible que ese siniestro personaje y su mujer aparezcan en la realidad sembrando de muerte y sangre todo lo que hay a su alrededor…?



Silver Kane

El honorable matrimonio Spectro

Bolsilibros: Selección Terror - 16

ePub r1.1
Titivillus 03.03.16

Título original: *El honorable matrimonio Spectro*
Silver Kane, 1973
Digitalización: xico_weno

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Ahora ya me había acostumbrado un poco a ella, pero recuerdo que la primera vez que vi aquella casa sentí hasta el fondo de los huesos el frío de la muerte. Me pregunté en aquel momento por qué me había metido en una situación así y por qué misterioso impulso había entrado en aquel mundo que estaba lleno de tinieblas.

Como pocas personas han estado en aquella casa, creo que debo describirla en dos líneas. Era del siglo XVIII y estaba no lejos de la autopista que conduce a Londres, pero tan cercada por los pequeños lagos y por los bosques que daba la sensación de encontrarse en el último rincón del mundo. Por eso la había alquilado Dudley: porque quería paz. Constaba de dos pisos con seis habitaciones cada uno, grandes sótanos y un jardín inmenso e inextricable que por las noches se cubría de niebla. La casa era parte de un mundo fantasmagórico, irreal, lejano; un mundo donde todo era posible y donde el tiempo había perdido su importancia.

Las ventanas eran góticas.

Desde ellas, en las noches de luna, se distinguía una claridad lívida y mortuoria, una claridad que se llenaba de sombras y de fantasmas. Pero las noches de luna eran muy pocas. En el condado de Kent casi siempre flota la niebla, una niebla espesa y pegajosa que se transforma en jirones al pasar por entre los árboles.

Extraños pájaros iban a beber a las aguas del lago. Eran pájaros negros, largos, estilizados, que parecían venir del fondo de alguna etapa prehistórica. Al anochecer lanzaban unos espectrales graznidos que llenaban el bosque.

Dudley me llevó hasta allí en su nuevo «Jaguar» color plata. Me llevó con su esposa, puesto que de lo contrario es posible que yo no hubiese ido. Dudley tuvo fama de conquistador hasta unos años antes, hasta que se casó, y yo, que sólo tengo veinte años, he de reconocer, aunque sea inmodestia, que no resulto fea.

Mostró la casa y susurró:

—¿Qué os parece?

Su mujer, Mónica, no contestó. Yo tuve en aquel momento —y lo había de tener otras muchas veces— un estremecimiento.

—Demasiado apartada —dije por decir algo.

—Eso es lo que quería precisamente. Uno no puede escribir y dibujar junto a una carretera, oyendo cómo ponen primera los camiones.

He de empezar explicando también que Dudley había ganado fama merecidamente como dibujante y como escritor. Empezó de una forma muy modesta: diseñaba los personajes que iban a aparecer en las películas de terror rodadas en los estudios británicos. Tenía muy buena mano y una gran imaginación, de modo que las películas resultaban más interesantes por los personajes que él creaba que por otra cosa. Así no fue extraño que, al cabo de poco tiempo, ya le dieran oportunidades más amplias.

Miró a su mujer.

—¿Tú qué opinas, Mónica?

—Demasiado grande —dijo ella.

—Cierto. Para Marta, tú y yo puede que sea demasiado grande, pero yo necesito un piso entero para trabajar. Ya sabéis que me hace falta estar tranquilo. En cuanto al jardín…

—El jardín —le interrumpí yo— es siniestro…

No me contestó.

Vi un brillo extraño en sus ojos.

Y entonces fue cuando tuve la intuición —una extraña intuición que luego se confirmaría— de que él también tenía miedo.

Yo siempre había temido que Dudley acabara así. No se puede pasar uno la vida imaginando seres terroríficos y creando situaciones de suspense límite sin que eso le influya a uno de algún modo. Es una tortura mental que sólo algunos cerebros privilegiados resisten sin que les afecte. Y Dudley —hay que tenerlo en cuenta— trabajaba, además, sin descanso.

De dibujante y creador de personajes había pasado a ayudante en los guiones de las películas. Pronto demostró que él tenía más ideas que los otros y fue guionista único, aunque lo que le dio auténtica popularidad fueron las tiras dibujadas en periódicos y revistas. Creó personajes terroríficos inolvidables. Los editores

norteamericanos compraron aquellas tiras y las reprodujeron en todo el país, aunque Dudley ganó relativamente poco porque la parte del león se la llevaron los intermediarios. De todos modos, era un hombre que estaba en buena situación, aunque su lujo máximo fuera aquel «Jaguar» color plata.

—Por el jardín no iremos nunca —susurró él—. No hay necesidad.

Y arrancó de nuevo hacia la casa.

Yo, con los ojos entrecerrados, iba recorriendo sus sucesivas etapas. Por ejemplo, su etapa de novelista. Un editor le había dicho: «¿Por qué no escribe relatos largos con los personajes que usted mismo dibuja?». Dudley hizo caso de la sugerencia y el resultado fue espectacular, porque las novelas se vendieron muy bien, aunque se hubieran vendido mejor caso de contar con una adecuada propaganda. De todos modos estaba claro que, si el texto era interesante, los dibujos lo eran más. Dudley era, sobre todo, un hombre que tenía una mano mágica.

Nos detuvimos ante el portalón y descendimos pausadamente. Fue Mónica la que abrió. La puerta produjo un chirrido lastimero, como si no se hubiese abierto durante siglos, aunque dos días antes había estado allí el administrador con un equipo de mujeres de limpieza; las mismas que vendrían una vez por semana a darle un repaso general a todo.

—¿Qué os parecen los muebles? Aquí dormirás tú, Marta.

Me estremecí al ver mi dormitorio. Era una alcoba victoriana a la que no le faltaba ni el dosel. Estaba en la planta baja y cualquiera podía entrar desde el jardín si yo no cerraba bien la ventana. Me pareció que en las gruesas paredes tenía que haber entradas secretas y que unos ojos misteriosos me miraban desde más allá de las cortinas.

—Yo me quedaré el piso de arriba —dijo Dudley, con una sonrisa complacida—. Es amplio, luminoso…

En un despacho amplio y luminoso del barrio de Belgravia, en lo más elegante de Londres, me había recibido él cuando fui a pedirle trabajo. A mis diecinueve años —yo ahora tengo veinte, como he dicho— quería formarme en la dura escuela de los dibujantes y los escritores que se abren camino en la selva de las editoriales, muy pocas de las cuales son honradas y buenas. Tenía buena mano y

buena imaginación. Yo podía llegar a ser un Dudley femenino si mejoraba mi técnica; podía tal vez tener también un estudio en el distrito de Belgravia y un «Jaguar» color plata.

Mi mejor colegio había sido la vida. Nacida en Chelsea, había pasado por los más sórdidos escalones del escalafón social. No pasé hambre porque en Inglaterra nadie la pasa ahora, pero lo cierto fue que no pude comprarme unos zapatos siempre que me hicieron falta. Ahora era una chica alta, bien formada, con curvas de calidad según decían los hombres, y con la suficiente experiencia para aspirar a ser nada menos que ayudante de Dudley.

Noté en seguida que le caía bien. Él me miró inquisitivamente.

¿He dicho ya que tenía algo de mala fama con las chicas?

De todos modos, ahora estaba casado y poco daño podía hacer, aunque se lo propusiera. Por eso había ido yo a pedirle trabajo. Y por eso me sorprendió un poco su voz cuando me dijo:

—Las piernas. A ver. Enséñame las piernas.

—No he venido a contratarme para trabajar en una revista —murmuré.

—Perfecto. Entonces vete.

Yo no estaba asustada ni nada. No estaba indignada tampoco. He de reconocer que quizá soy un poquito zorra. Pensé que también se ven docenas de piernas en las playas, aunque no estén enfundadas en unas bonitas medias como las que yo llevaba puestas. De modo que me alcé la falda y tuve la sorpresa de ver que él apenas me miraba.

—Perfecto —dijo—. Era sólo para saber si eres vergonzosa, ¿comprendes? En las historietas hay que dibujar hombres y mujeres de todas clases. A veces aparecen escenas de amor. Una muchacha que no tenga sentido de la naturalidad no me interesa.

Me quedé un poco decepcionada. Yo pensaba que mis piernas podían servir para algo más que para demostrar sentido de la naturalidad. Pero sonreí, dejé caer la falda y dije:

—Gracias.

Desde entonces fui la ayudante de Dudley, el gran Dudley. Iba a las nueve de la mañana a su despacho de Belgravia y trabajaba hasta las cinco, quedándome a comer con él y con Mónica, su mujer. Durante un año mi vida fue rutinaria y plácida como la de una muchacha que estuviera empleada en una oficina municipal.

Aprendí mucho y gané lo suficiente para trasladarme con mi hermana pequeña, que estaba a mi cargo, a la zona de Marble Arch. Antes habíamos vivido en lo más triste de Whitechapel. Todo fue como una seda hasta que Dudley se tropezó con Spectro en los caminos de la vida; o mejor dicho, en los caminos de la muerte.

Como muy poca gente ha oído hablar de Spectro, ya que se han publicado pocas cosas en torno a él, creo que debo dedicarle unas líneas. Además, con Spectro empezó todo. Pronto me di cuenta de que a Dudley algo le obsesionaba, le hacía palidecer, le turbaba, y me creí en la obligación de preguntarle qué era.

—Spectro —dijo.

Era la primera vez que yo oía aquel nombre.

Sonreí.

—¿Un nuevo personaje? —musité.

—Sí, pero éste es distinto. Es distinto en todo, ¿sabes? Lo conozco tan bien que hay momentos en que no sé si es real o es imaginario.

Me mostró el boceto en colores naturales que había hecho. Spectro era un personaje alto, de facciones afiladas y pálidas, que vestía a la moda de mediados del pasado siglo. No había en él nada de especial excepto sus uñas larguísimas, su aire fantasmal y sus ojos. Sus ojos eran auténticamente obsesionantes. Tenían una profundidad, un misterio, un halo que los hacían inolvidables. No sé por qué, pero sentí un oscuro miedo. ¡Y eso que el personaje no trataba de ser terrorífico! ¡Era uno de los más naturales que había dibujado Dudley!

—Ha llegado a obsesionarme tanto que quiero huir de Londres —dijo—. Me lo encuentro por todas partes.

—¿Qué?…

Yo ya sabía que esa profesión es un poco como el boxeo, en el sentido de que el cerebro está siempre recibiendo golpes; de modo que si uno no se cuida puede quedar *groggy*. Pero, la verdad, no creí que Dudley llegase a tanto.

—No me dirá que lo ha visto —añadí.

—Lo he visto por todas partes. Y también a su mujer. Spectro está casado.

Aquella forma tan natural de hablar me dio más miedo que una serie de gritos. Le ofrecí un cigarrillo e hice un gesto, como

indicándole que no se preocupara. Pero inmediatamente busqué en la guía de teléfonos la dirección de un psiquiatra.

Creí que Dudley me despediría.

Que, a pesar de mis bonitas piernas, me echaría por la ventana por haberme atrevido a suponer que estaba mal de la azotea. Pero, en lugar de eso, y ante mi sorpresa, me dio las gracias y se dejó llevar al consultorio en compañía de Mónica, su mujer. El resultado fue éste: Dudley padecía un gran cansancio, estaba acusando todos aquellos años de esfuerzos y se encontraba al borde del *surmenage*. En esa etapa uno ya no distingue muy bien las cosas reales de las cosas imaginarias, de modo que está a un paso de la locura. Teníamos que llevarnos a Dudley de Londres antes de que volviera a encontrarse con Spectro, aunque Spectro no existiera.

Y ahora estábamos en la casa.

Por eso habíamos venido.

Viendo sus habitaciones, entrelacé los dedos con un gesto de muda desesperación.

Nos habíamos equivocado.

Nunca debimos dejar, ni Mónica ni yo, que fuera el propio Dudley quien eligiese la casa. Le convenía un sitio alegre, y en cambio, llevado por su estado de ánimo, había alquilado el caserón más siniestro que existía en todo el condado de Kent. Era un sitio ideal para volver a encontrarse con aquel imaginario Spectro, aunque, según el propio Dudley, Spectro nunca se movía de Londres.

De todos modos, he de reconocer que mi jefe estaba más animado. Había superado lo peor de la crisis y ardía en deseos de trabajar.

—Voy a empezar con una nueva serie —dijo—. Pero nada de Spectro. Será algo así como los siete enanitos.

—¿Siete enanitos?… —murmuré, sorprendida.

—Sí, pero resuelto de una manera distinta. Los siete enanitos serán unos hijos de perra que devoran a Blancanieves antes de enterrar sus huesos en el bosque.

Pensé que Dudley no tenía remedio.

Pero era mejor dejarle seguir su camino.

Dejar que empezara a pegarle mordiscos a la máquina de escribir antes de volverse loco.

* * *

Lo que yo temía que ocurriera ocurrió dos días más tarde. Dudley, que había vuelto a obsesionarse ante el papel en blanco, sin escribir ni una línea, pasaba horas y horas encerrado y procuraba esquivarme. Pero yo conocía todos los lugares donde guardaba sus diseños, de modo que me di cuenta de que había estado dibujando otra vez a Spectro. Aquello era una auténtica obsesión para él. No dije nada, y seguramente no hubiera dicho nada nunca de no haber entrado él tan bruscamente en mi habitación aquel anochecer.

Estaba desencajado.

—Marta… —susurró—. Marta…

Ni siquiera se fijó en que yo acababa de salir de la ducha.

Me envolví apresuradamente en la toalla.

Pero Dudley no detuvo los ojos en ella. Sólo musitó:

—Marta, he vuelto a verlo.

—¿A Spectro?

—Sí.

—¿Cómo se lo voy a decir? Spectro es un ser puramente imaginario. Usted lo creó y usted puede destruirlo.

—No, no puedo destruirlo porque existe realmente. Tendría que matarlo… Lo he visto allí, entre la niebla.

Señaló hacia una de las ventanas.

Yo me di cuenta entonces, con un escalofrío que no pude evitar, de que los jirones de niebla llenaban el bosque. Como uno de los postigos estaba abierto, la niebla penetraba poco a poco en mi habitación. Todo era gris, espeso, casi asfixiante. Entre aquella niebla sólo se oía el graznido siniestro de los pájaros.

—¿Allí? —musité.

Y de repente ya no me pareció todo tan irreal. De repente me pareció que Spectro, efectivamente, tenía que estar mirándonos a los dos desde más allá de la niebla.

—No sea estúpido —dije de todos modos—. No existe…

—Lo he visto perfectamente. Está en un carruaje negro.

—¿Un carruaje… de caballos?

—Sí.

—Ahora ya nadie los usa…

—Spectro, sí. Él lo usa.

Bruscamente, tomé una decisión. Sólo había un modo de ayudar a Dudley, y para ello tenía que convencerle de que se equivocaba. Me enfundé un chándal de entrenamiento y con él salté por la ventana. Apenas había atravesado el alféizar cuando me volví para preguntar:

—¿Me acompaña?

—Tengo… miedo.

Era la primera vez que él pronunciaba aquella palabra. Precisamente por surgir de sus labios me produjo una sensación tan extraña. Dudley nunca había tenido miedo porque él comerciaba con el miedo de los demás. Porque él les vendía miedo a los otros. Y ahora, de pronto, se había transformado en su propio cliente; pero un cliente que no podía evadirse de la historia cerrando sencillamente el libro.

Le hice una seña para que viniera.

Al fin me acompañó. Yo, por lo visto, le infundía seguridad. Caminamos por el bosque en la dirección que me indicaba.

No se oía nada.

De repente, me estremeció aquel silencio. Hasta los pájaros, quizá alertados por nuestra presencia, habían enmudecido. Nuestras pisadas no se oían al hundírsenos los pies en el espeso lecho de hojas.

Y entonces se me contrajo la garganta. Entonces sentí frío en la columna vertebral.

En la hojarasca estaban marcadas las huellas de un carruaje. Un carruaje que no llevaba neumáticos, sino que era como los *fiacres* de principios de siglo. Atravesaba un sendero del bosque y se dirigía hacia el lago en línea recta.

Musité:

—Aquí debe haber algún error… No… no puede ser…

—Éste es el sitio en que he visto a Spectro —insistió Dudley.

Con nuestros brazos apartábamos la niebla como si fuera una cortina. Pero después de cada cortina apartada venía otra, y otra más. Estábamos como envueltos en un sudario helado. ¡Y aquellas huellas seguían! ¡Aquellas marcas seguían llevándonos al lago en línea recta!

Fue entonces cuando vi el pequeño carruaje. Era negro, en efecto. Tenía dos altas ruedas y el toldo estaba echado. De sus dos

plazas sólo una estaba ocupada.

Pero mi sorpresa no terminó aquí, porque no se trataba de Spectro, sino de una mujer. Reconozco que eso, al menos, me alivió. Spectro me hubiera dado más miedo. Aunque al acercarme más al carruaje estuve a punto de lanzar un grito.

La mujer tenía aquellos mismos ojos.

Profundos, abismales, quietos…

Iba vestida como una dama de últimos del siglo XIX. Sus ropas eran negras. Eso hacía destacar aún más su rostro espectral, que era del color de la niebla.

Tendió la mano hacia mí.

Como si me llamase…

Como si quisiera atraerme…

No sé lo que me ocurrió. Creo que chillé. Creo que traté de huir y caí cuan larga era sobre la masa de hojas muertas.

El propio Dudley me recogió. Había querido ayudarle a él y era él quien me ayudaba. Bonita situación. Ridícula situación para una chica que quería llegar a ser alguien.

Sus manos temblaban. A pesar de su experiencia y de sus años, debía estar muerto de miedo también.

—Es la mujer de Spectro —dijo, sencillamente.

Oí entonces el ruido del carruaje. Los dos soberbios caballos negros tiraban de él. Se alejó hacia el otro lado del bosque mientras los pájaros volvían a graznar.

Aquél fue el primer encuentro. Así fue como comprendí que Spectro vivía y se movía cerca de nosotros.

Y algo peor aún: Spectro tenía alguien que le amaba. Spectro no estaba solo en el mundo como podía estarlo yo.

CAPÍTULO II

Recuerdo exactamente cuándo ocurrió el primer crimen. Fue durante la recepción que se daba en el Museo Livingstone con motivo de las investiduras anuales. Yo no sé si ustedes conocen el Museo Livingstone, pero es una institución inglesa muy típica, como tantas y tantas que hay repartidas por el país. Un caballero que muere soltero o viudo sin hijos se da cuenta en sus últimos días de que tiene algún dinero y alguna valiosa colección de arte. Entonces pide en su testamento que se funde un museo con su nombre y que parte del dinero se destine, por ejemplo, a premiar a estudiantes adelantados o a ayudar a viudas inconsolables. El caso del Livingstone era el primero: cada año se celebraba una recepción y se renovaba la investidura de doctores a los estudiantes que habían llegado a tal grado merced a la ayuda de la institución.

Todas esas recepciones son lúgubres, aburridas y hasta yo diría que un poco siniestras. Sobre todo si tenemos en cuenta que el Museo Livingstone sólo ayudaba a estudiantes de Medicina, ya que su fundador había sido un catedrático de Anatomía. Además, aquel lugar era una especie de museo de los horrores porque en él se exhibían solamente fotografías de cadáveres que presentaban alguna curiosidad científica y restos de cuerpos humanos conservados en almosol. No sé por qué diablos fuimos allí; no sé qué nos movió a introducirnos en aquel mundo de pesadilla.

¿Fue el hecho de que Dudley estaba obsesionado? ¿Fue el hecho de que yo, sinceramente, quería ayudarle?

Últimamente no dibujaba nada ni escribía una línea. Se pasaba las horas muertas ante la ventana como un alucinado. Decía que había visto a Spectro varias veces más entre la niebla. ¡Y había tanta niebla aquellos días! ¡Nos veíamos tan rodeados continuamente por una capa de misterio!

Lo primero que le pedí fue que volviéramos a Londres, pero él

estaba totalmente obsesionado por aquella casa. Entonces fue cuando recibió, como todos los vecinos de la comarca, la invitación para asistir a la recepción del Museo Livingstone. Se trataba de un acto académico en el que la entrada era libre, pero además invitaban a las personas más o menos importantes de los contornos con la esperanza de que así se llenaría la sala. Vana esperanza, porque a aquellos actos no asistían más allá de dos docenas de personas que tenían, además, la secreta esperanza de que se pegara fuego al local para así poder salir disparados por las ventanas.

Como Mónica no se encontraba muy bien, fuimos Dudley y yo. Recuerdo que hacía una tarde maravillosa y que jamás los prados, bajo los robles centenarios, me habían parecido de un verde tan dulce. El «Jaguar» se deslizaba como una flecha de plata por la estrecha pista al borde de la cual quedaban los prados y las pequeñas granjas. Me sentía embriagada por una gran sensación de paz, y creo que en este momento no me habría importado que Dudley me besase. Nunca había tenido relaciones con un hombre y me sentía llena, ¿cómo diría yo?, de una suave inquietud. Hasta había llegado a olvidarme por completo de Spectro y de su maldita esposa.

Pensaba que todo podía ser una pesadilla que me había contagiado Dudley. A veces esas cosas se contagian: los psicólogos lo dicen.

Y, sin embargo, allí me esperaba la prueba más macabra de mi existencia, sólo que entonces yo aún no lo sabía. Cuando llegamos al Museo Livingstone —un caserón de piedra que me recordó al sitio en que vivíamos— se estaba desarrollando ya el acto académico. Tres nuevos doctores de expresión resignada agradecían la ayuda que les había prestado la institución para acabar sus estudios. La gente, unas veinte personas, aplaudía y miraba de reojo los canapés y las botellas de jerez que estaban preparadas para después del acto.

Dudley y yo nos sentamos en un lugar discreto y yo presté atención a los discursos porque, en el fondo, todo aquel mundo que aún parecía del siglo pasado me divertía mucho. Sólo de vez en cuando miraba a un lado u otro. Y de pronto sentí aquel frío sutil en las venas, aquel frío científico que me llegaba hasta las entrañas.

Ella estaba allí.

Ella, la esposa de Spectro.

Llevaba sobre los hombros un largo y costoso abrigo de astracán, de modo que resultaba imposible saber cómo iba vestida por debajo. Su cara seguía teniendo aquel extraño color niebla. Sus cabellos plateados le caían sobre las sienes y formaban como una aureola.

Pero lo más inquietante eran sus ojos, aquellos ojos duros, penetrantes, que parecían mirar desde más allá.

Si yo no la hubiese visto antes en aquel *fiacre*, en medio del bosque, habría pensado que era una mujer extraña, pero nada más. Sin embargo, al saber que se trataba de la esposa de Spectro, al comprobar una vez más que existía realmente, sentí un estremecimiento visceral que me hizo sujetarme a los brazos de la butaca.

Dudley lo notó. Me dijo con un soplo de voz:

—¿Qué te pasa?

—Mire…

Él giró un poco la cabeza, vio a la mujer y tuvo como una arcada. Se llevó una mano a la boca y se levantó. Nunca he visto un hombre más atenazado, más hundido por su propio miedo.

Lo peor fue que me dejó sola. No debió darse ni cuenta de lo que hacía. Yo, que sentía un pánico espantoso a quedarme allí, corrí tras él y tuve tiempo de verle mientras subía al «Jaguar». Se largó de allí bajo las sombras de la noche como si lo persiguiera el mismísimo diablo. Fue un abandono total, pero reconozco que en aquel momento me faltaron fuerzas para acusarle.

Yo también hubiera huido. Hasta por un momento sentí la tentación de robar uno de los coches y largarme de allí.

Pero la curiosidad pudo más que todo eso. Me armé de valor y volví.

Por suerte, los discursos y los plácemes habían terminado y ahora la gente se estaba abalanzando sobre los canapés y las botellas de jerez. La única que se mantenía al margen era aquella extraña mujer, que me miraba fijamente. Yo sostuve su mirada mientras sentía una especie de chorrito de hielo corriendo por mi sangre.

Tenía los mismos ojos de Spectro. Y entonces recordé que Dudley, entre los bocetos, la había dibujado también. Era

exactamente el personaje que él imaginó: era el terror que había creado su imaginación y que ahora estaba plasmado en una persona de carne y hueso.

Uno de los directores del Museo se acercó a mí. Debió darse cuenta de que nos estábamos mirando.

—Ah… —dijo—, ustedes no se conocen… Usted es Marta, la secretaria del señor Dudley, ¿verdad?

Afirmé mientras preguntaba secamente y sin pizca de educación:

—Y ella, ¿quién es?

—La señora Spectro.

Así. Tan sencillo.

La señora Spectro…

Entonces me di cuenta de que el horror se había hecho realidad y de que la fantasía de Dudley no era tal fantasía, sino una verdad inquietante. Pero pude conservar la serenidad y, siempre sin la menor educación, pregunté:

—¿Dónde vive?

—En Mahatma House —me respondió ella, con voz metálica—. ¿Sabe usted lo que es?

—No.

—Un retiro para personas solas, una especie de casa de reposo para gente acomodada que pasa de los cincuenta. Como no tengo demasiados sitios adonde ir, he venido aquí. Me gustaría mucho que usted me visitase algún día.

Reconozco que todo aquello daba una gran sensación de cosa normal, una sensación de que allí no pasaba nada. Pocas veces la pesadilla y la realidad se habían juntado para mí de una forma tan asombrosa. Mejor dicho: nunca. Era como si soñase despierta, pero un sueño al fondo del cual veía un lago de sangre.

—Claro que podría ir a visitarla —murmuré—. Y ahora, perdone… Creo que me siento mareada.

Era verdad. Me invadía una sensación de vértigo. Dirigí a aquella mujer una sonrisa y me alejé. Pero en lugar de irme hacia el exterior del museo, me metí por una de las puertas laterales. Para mí, aquello fue como introducirme en una especie de casa de los horrores.

La primera sensación que tuve fue la de que acababa de entrar en el depósito de cadáveres.

Había varias mesas de mármol allí, exactamente igual que en esos sitios siniestros. En cada una de ellas se encontraba un muerto, un cuerpo humano desnudo y rígido, bañado por una luz espectral.

Tardé en darme cuenta de que todos aquellos cuerpos, admirablemente reproducidos, eran de cera. Se trataba de reproducciones de autopsias que habían presentado alguna curiosidad científica especial, y que sólo un profesional de la Medicina hubiera podido notar, aunque algún caso estaba al alcance de la comprensión de cualquiera. Vi, por ejemplo, un cuerpo abierto en canal y que tenía el corazón en el lado derecho. También un cerebro que no estaba dividido en dos hemisferios, o mitades, sino que formaba una sola masa.

Estaba muerta de miedo; tanto, que me costaba respirar. Pero al mismo tiempo me mantenía allí una fuerza misteriosa y secreta. Con pasos vacilantes, fui hacia el fondo de la sala.

Más allá había otra.

Estaba llena de botellas de alcohol donde se conservaban restos humanos.

¡Vaya con el Museo Livingstone!

¿Cómo podía uno tener allí ansia de comer canapés de carne y beber jerez con color de sangre coagulada?

Entonces se movieron las cortinas.

Llegué a distinguir perfectamente a la mujer de Spectro. Vi aquellos ojos quietos y profundos que me miraban.

¿Qué fue lo que me hizo pensar que aquellas siniestras habitaciones iban a ser mi tumba? ¿Por qué sentí aquel irrefrenable deseo de huir?

La mujer de Spectro vino tranquilamente hacia mí.

Ya no trataba de ocultarse.

Su mano de uñas terriblemente largas avanzó hacia mi cara.

No sé si chillé, pero creo que no tuve fuerzas ni para hacer eso. Retrocedí hasta la otra sala. Como la gente seguía dedicándose a los canapés y al jerez, estábamos solas las dos. Algo me dijo que, aunque chillase, nadie llegaría a tiempo de ayudarme.

La mujer me siguió.

No se daba prisa.

Debía tener la sensación de que yo caería en sus manos de todos modos, o sea, que no valía la pena apresurarse. Me encontré en la

última sala sin saber cómo, masticando mi propio horror y sintiendo que un sudor helado me llegaba hasta el fondo de la espalda.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no tenía escapatoria. Yo misma me había metido en una especie de trampa. En aquella habitación terminaba el museo, y, además, no había ventanas. Sólo la puerta que me tapaba la mujer de Spectro.

No sé por qué mis manos temblaron.

Quizá intentaba apoyarme en algo. Lo ignoro. Mis ojos desencajados corrieron por aquella sala, donde había otras mesas de autopsias, otras caras muertas, otros cuerpos abiertos para toda la eternidad.

Todo en cera, pero dando una espantosa sensación de realidad. Todo convertido en una especie de museo de los horrores.

Mis manos buscaban apoyarse en algo.

Estaba a punto de caer.

No me di cuenta ni de dónde ponía los dedos. Fue algo instantáneo. Los apoyé en uno de aquellos cuerpos porque pensé que era de cera como los otros.

Y entonces sentí el frío de la muerte. Aquel frío de la carne que se transmitió hasta mis huesos.

Porque no estaba ante un cadáver de cera. Estaba… ¡ante un cadáver de verdad!

¡El cuerpo de una mujer!

¡Alguien a quien habían matado apenas una hora antes!

Las fuerzas me fallaron completamente entonces. Había llegado al límite y ya no pude más. Caí a tierra mientras lanzaba un sordo gemido.

Supe que iba a morir, supe que estaba a merced de la mujer de Spectro.

Quizá una hora después yo también estaría abierta en canal en una de aquellas mesas…

CAPÍTULO III

Cuando alguien está seguro de que va a morir, las sencillas sensaciones de la vida le parecen un milagro. Eso fue más o menos lo que me ocurrió a mí. Cuando desperté y me di cuenta de que seguía viviendo, de que la sangre caliente seguía circulando por mis venas, estuve a punto de echarme a llorar.

Me dieron a beber algo muy fuerte para animarme, pero no fue eso lo que me alentó, sino el ver que ya no estaba en el Museo Livingstone. Me hallaba, por el contrario, en una habitación blanca y sencilla que debía pertenecer a una clínica rural. Una enfermera me estaba dando aquella bebida, y un hombre joven me sonreía. Al principio pensé que era un médico, pero luego me di cuenta de que tenía que ser un policía o un periodista, porque había estado tomando notas en un bloc. El hecho de que estuviera en mi habitación me hizo comprender que, en efecto, debía tratarse de un policía. A un periodista no lo hubieran dejado entrar.

Era un hombre joven, de apenas treinta años. Me sonrió para animarme y preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

Puesto que yo ya desconfiaba de todo el mundo, susurré:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Kendall. Pertenezco a la policía local.

Aquello me tranquilizó. Comprendí que estaba del todo a salvo. Bebí ansiosamente el resto de licor que había en el vaso y musité:

—¿Quién me sacó de allí?

—La gente. Al menos diez personas oyeron su grito.

—¿Llegué a gritar?

—¡Y de qué manera!

—Lo siento. No me acuerdo de nada…

—Usted se llama Marta Liverpool, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es dibujante y ayuda al señor Dudley?

—Eso es. Le ayudo hace un tiempo.

—Cuénteme lo que sepa. Cuénteme por qué estaba allí; pero si se cansa dígamelo y volveremos a charlar otro rato.

Yo no estaba cansada, sino que, al contrario, sentía deseos de hablar. Le conté, sencillamente, toda la verdad. Lo único que no quedó claro para el policía fue por qué había tenido yo tanto miedo a la mujer Spectro.

—¿Qué le pasó? —preguntó como si no me hubiera entendido bien—. ¿Por qué huía de ella?

También le dije la verdad. Que Dudley había dibujado dos personajes para su próxima historia. Que había huido de Londres para no encontrarse con uno de ellos y que, sin embargo, en nuestro retiro, donde nos habíamos recluido para trabajar, se había encontrado con la mujer de Spectro. La misma mujer con la que me había encontrado yo en la recepción del Museo Livingstone.

Tuve la sensación de que Kendall seguía sin entenderme. Eso no tenía nada de extraño.

¡Si no llegaba a entenderme yo misma!…

El policía había tomado notas, siempre con una sonrisa como si quisiera animarme. Al fin, musitó:

—O sea, que los personajes imaginarios de Dudley existen realmente.

—Al menos esos dos, sí.

—¿Se da cuenta de que es como si hubiéramos entrado en un mundo fantasmagórico, un mundo que no tiene sentido?

—¿Por qué imagina que me desmayé?

—Si no hubiese una muerta de por medio, diría que es un caso de hipnosis —susurró Kendall—. O una alucinación.

Una muerta de por medio… Eso me hizo recordar de pronto que yo me había apoyado, antes de caer, en una mujer auténtica, no una mujer de cera. Con un soplo de voz, pregunté:

—¿Quién era?

—Se llamaba Elaine.

—¿Elaine?

Kendall seguía sonriéndome como si aquello no tuviera importancia, como si no deseara turbarme.

—¿La conocía? —musitó.

—No la había visto jamás.
—Vivía no lejos del sitio en que habitan ustedes. Al sitio lo llaman Las Tumbas de los Normandos.
—¿Qué… qué dice?
—¿No lo ha oído nombrar? ¿No conoce la comarca?
—A medias.
—Las Tumbas de los Normandos es un lugar de interés histórico. Hubo allí un antiguo cementerio vikingo.
—¿Y en él vive gente?
—Oh, en el cementerio claro que no… Es una zona amurallada donde sólo puede investigarse por concesión del Gobierno. Desde hace más de veinticinco años la concesión del Gobierno la tiene el profesor Carmichael, quien ha publicado un par de trabajos muy interesantes sobre la materia.
—Ah…
—Hay unas cuantas casas aisladas en los alrededores —musitó el policía—. Casas donde vive gente que busca la paz, como por ejemplo el señor Dudley. En una de esas casas vivía la mujer que encontró usted.
—¿A qué se dedicaba?
Kendall hizo un gesto ambiguo.
—Es difícil decirlo. Me parece que la mantenía un hombre.
—¿Quién?
—Deje eso para mí, ¿quiere? Estoy haciendo una investigación y por el momento he de formular preguntas, no responderlas.
—Me hago cargo. Y ahora recuerdo que aquel cadáver correspondía a una mujer joven y bonita… ¿Pero cómo pudieron matarla? ¿Y por qué la dejaron allí?
Kendall me ofreció un cigarrillo amablemente. Por lo visto, el médico no me había prohibido fumar. Lo rechacé con un gesto.
—En cuanto a la primera pregunta, le diré que la mataron de una cuchillada —me explicó—. En cuanto a la segunda, no sé qué contestarle ahora. La dejaron allí por alguna razón que no entiendo. Espero que pronto podamos aclararlo.
—Pero la abrieron en canal… Eso significa que se desangró en otra parte, ¿no?
—En efecto.
—¿Dónde?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar —dijo Kendall, con la misma sonrisa.

Me tendió la mano y me dejó sola. He de reconocer que tenía una sonrisa agradable y que la estimulaba a una. Hubiera podido ser un fantástico vendedor de cosas a plazos. O quizá un conquistador de mujeres solitarias, quién sabe. Pero por el momento no era más que un policía que me vigilaría a mí entre otras personas. De eso podía estar segura.

Cuando me dejó sola me di cuenta de que no le había hecho la pregunta fundamental. En efecto, ¿qué había sido de la mujer de Spectro? ¿Dónde estaba?

La enfermera notó que me alteraba otra vez.

—¿Qué le pasa?

—Nada… Nada especial. Solamente quisiera saber si con motivo de todo esto han detenido a alguien.

—Que yo sepa, a nadie.

—¿Ni a una mujer que llevaba un abrigo de astracán hasta los pies?

—Hum… Un abrigo de astracán hasta los pies debe ser carísimo… —rió ella—. Si detienen a esa mujer avíseme. A lo mejor el abrigo lo regala…

Y me dejó a solas también. Yo tuve la oscura sensación de que, en el fondo, me consideraba una visionaria, quizá una loca. Vamos, que ni con abrigo de astracán y todo hubiera querido tenerme en su casa.

CAPÍTULO IV

Dudley vino a verme un par de días después, cuando ya iban a darme de alta. Fue un gesto que le agradecí porque incluso salir del hospital sola me hubiese dado miedo.

Además, comprendo que hubo de esforzarse mucho para venir. Había envejecido dos años en dos días. Tenía los hombros caídos, hundidos los ojos y la boca torcida en una mueca. No se parecía en nada al hombre que yo conocí, trabajador y optimista, siempre dispuesto a inventar historias extraordinarias y a mirarle las piernas a una chica si la chica se ponía a tiro.

—¿Te encuentras bien? —suspiró—. ¿Cómo te han tratado, Marta?

—Perfectamente. Me trasladaron a la mejor habitación de la clínica después de la primera noche. ¿La pagó usted?

—Es lo menos que podía hacer, ¿no?

—Se lo agradezco, como también le agradezco que haya venido a buscarme.

—¿Te ha molestado la policía?

—A mí, no. Sólo una cuestión de trámite. ¿Y a usted?

—También una cuestión de trámite. Lo que ocurre es que no les he contado la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que he vuelto a ver a Spectro.

Me estaba abrochando una blusa para salir a la calle y dejé de abrochármela. Él no se dio cuenta. Tenía la mirada perdida. Yo advertí que le temblaban las manos y musité:

—¿Dónde lo ha visto?

—En los mismos sitios de las otras veces: surgiendo de la niebla.

—Creí que Spectro era un personaje imaginario —susurré, haciendo un esfuerzo—, pero veo que existe.

—Claro que existe… ¿Por qué piensas que me marché de

Londres, sino para huir de él?

—En ese caso, debemos marcharnos de aquí.

—¿A dónde? ¿A Londres otra vez?

—No sé… ¡A cualquier sitio!

Él hizo un gesto de impotencia.

Quizá nunca había visto yo a un hombre tan hundido, tan vencido de antemano como él.

—Es inútil —dijo—. Spectro se ha adueñado de mí y me seguirá a todas partes. No podré librarme de él hasta que lo mate.

Fue entonces cuando me di cuenta, con horror, de que Dudley se estaba transformando en un obsesionado. Eso resultaba terrible porque estaba en lo mejor de la vida. Aún no había cumplido los cuarenta años. Me di cuenta también de que le temblaba la mano derecha y de que así iba a ser incapaz de dibujar.

Un desastre. La ruina de su vida.

Pero lo peor era aquella obsesión. Podía matar a cualquiera por el solo hecho de que se pareciese a Spectro.

—Hay sitios adonde ese monstruo no le seguiría —dije, haciendo un esfuerzo por ayudarle.

—No es un monstruo, sino un hombre normal que tiene una vida y una mujer —dijo Dudley, calmosamente—. Casi un ciudadano respetable.

Lo que faltaba.

Que por un lado intentara matarle y que por otro se sintiera tan identificado con él que hasta le comprendiera y le defendiese.

—Hay sitios en los que no podría seguirle —insistí.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, un barco. Haga un crucero bien lejos, en compañía de Mónica. O, mejor aún, en avión. ¿Cómo se va a meter Spectro en un «Boeing»? Váyase a cualquier sitio. A Manila, a Hong-Kong… Usted todavía tiene dinero.

Hizo un gesto de indiferencia.

—Lo pensaré —musitó.

Pero yo comprendí que no lo pensaría. Lo terrible de los locos es que les da miedo apartarse del objeto de su locura. Se sienten identificados con él. Pensé que Dudley necesitaba un psiquiatra más que el aire que respiraba.

Pero ¿qué podía hacer, excepto acompañarle y servirle de

ayuda? Claro que en nombre del sentido común debiera haberme alejado de aquel ambiente, pero confieso que yo tampoco podía.

Volvimos a la casa, que seguía envuelta por la niebla. ¿Por qué la habrían construido en aquella hondonada donde no soplaba el aire? ¿Por qué junto a un lago donde la niebla parecía nacer apenas se insinuaban las sombras?

Durante dos días traté de ayudarle haciendo bocetos para que él los terminase, pero parecía totalmente incapaz de dibujar. Y fue entonces cuando me acordé de un nombre, cuando me vino a la memoria la dirección que me había dado la mujer de Spectro: «Mahatma House».

Decidí ir allí aunque eso significara, quizá, dar un paso hacia mi propia tumba.

CAPÍTULO V

Seguramente que ninguno de ustedes ha visto un sitio como Mahatma House, a menos que se haya adentrado hasta lo más hondo de la campiña inglesa. Era (es todavía, porque existe) una vieja mansión nobiliaria hecha con ladrillo rojo que la humedad había transformado en ladrillo negro. La hiedra había trepado majestuosamente y la cubría casi por completo. Las ventanas góticas estaban emplomadas. Cuando llegué allí, por la tarde, sentí un frío que me alcanzó hasta los huesos, pero no podía haber llegado antes porque las horas de visita eran exclusivamente de cuatro a seis.

El nombre de «Mahatma», que era indio, venía de que la institución la había fundado un benefactor de Calcuta en los años en que la India formaba parte del Imperio británico. Por lo menos así se explicaba en una placa de bronce situada muy cerca de la entrada. También se decía que allí eran admitidas personas solas, sin familia, mayores de cincuenta años y dispuestas a pagar una pensión módica.

Una mujer ya madura me atendió amablemente. Me preguntó a quién deseaba ver.

—A la señora Spectro —dije.

Me miró pestañeando.

—¿A quién?…

—A la señora Spectro —repetí.

Yo ya había leído los periódicos y había notado que para nada se mencionaba a la mujer que me fue presentada en el Museo Livingstone. Si creían que era un fantasma de mi imaginación estaban muy equivocados, porque a mí me la había presentado otra persona, y eran varias más las que la habían visto. Pero, al parecer, la policía aún no se había enterado de eso.

La recepcionista me seguía mirando con aquella expresión

extraña.

—Temo no haber oído bien —dijo—. Aquí no vive ninguna mujer con ese nombre.

—Yo la conocí hace unos días y me aseguró que vivía aquí.

—Pues debió usted oír mal, o quizá se trataba de una broma. Crea que lo siento.

—¿No podría ver las fotografías de las personas que se alojan en esta casa?

—Tenemos un fichero, pero no lo enseñamos a todo el mundo —susurró—. Lo siento nuevamente.

Y me volvió la espalda.

Comprendí que yo era allí una persona impertinente y molesta. Me fui, pero con la intención de no alejarme demasiado. Estaba dispuesta a llegar hasta el fin.

Esperé en un cercano bosquecillo la caída de la noche.

Los alrededores de Mahatma House tenían ese aire entre poético y misterioso de los bosques ingleses, cada uno de cuyos árboles centenarios parece cobijar una historia de fantasmas. Las luces que se veían en la distancia parpadeaban siniestramente, como si me estuvieran haciendo señales. El silencio que me rodeaba era tan pegajoso que sentía como si penetrara en mí y me fuera anulando poco a poco.

Las sombras fueron cayendo.

Los contornos se hicieron inquietantes. El silencio fue sustituido poco a poco por los mil rumores inexplicables del bosque.

En Mahatma House, por lo visto, la gente se retiraba a descansar pronto. A las diez se apagaron casi todas las luces. A las diez y media sólo quedaban encendidas las de emergencia.

Avancé hacia la casa, hundiéndome en las sombras. Oía ladrar a los perros que vigilaban los contornos, pero ninguno de ellos captó mi presencia. Al alcanzar una de las ventanas emplomadas de la planta baja, la abrí sin ruido valiéndome de una palanqueta de acero que había llevado en previsión con las herramientas del coche. Empleé mucho rato, porque no soy ninguna experta, pero el tiempo importaba poco. Una vez dentro, y siempre rodeada de silencio, subí hasta el lugar donde suponía estaban las oficinas.

Se trataba de un despacho cuadrado y con sólo dos mesas. Junto a ellas había un armario que estaba entornado solamente. Lo abrí y

saqué un fichero metálico.

Cada uno de los residentes en Mahatma House tenía una ficha. Calculé que habría unos ciento diez.

Fui repasándolas una por una, ya que no podía fiarme de los nombres y sólo las fotografías significaban algo para mí. Había pasado ya unas treinta cuando de pronto me estremecí.

Casi no podía creerlo.

Pero allí estaba.

¡El propio Spectro!

Con la ficha en la mano, permanecí largo rato mirándola con ojos incrédulos, como una obsesionada.

Puesto que las cortinas de la ventana estaban corridas, había encendido una luz y podía verlo todo perfectamente. Por supuesto, Spectro no era como lo había dibujado Dudley, pues para Dudley, Spectro era un personaje del siglo pasado, con un peinado y unas características faciales que aquel hombre no tenía. Sin embargo, el parecido era asombroso. Y sobre todo aquellos ojos, aquella mirada que parecía venir desde las profundidades del Más Allá… La sensación que me produjo fue tan fuerte, tan angustiosa, que estuve a punto de lanzar un grito.

Ya no podía dudarlo.

¡Spectro existía!

¡No era producto de una pesadilla de Dudley!

¿Pero cómo pudo conocerlo Dudley si no había estado jamás allí? ¿De dónde venía eso?

¿Y por qué estaba Spectro y no su mujer?

Entonces ocurrió aquello. Mientras miraba la ficha como una obsesionada, sentí aquel leve roce en mi espalda.

No me había dado cuenta de nada. No me había dado cuenta de que alguien se movía detrás de mí con el silencio de un gato.

La punta del cuchillo se apoyó en mi nuca.

Alguien me echó el aliento en el cuello mientras una voz silbante decía:

—Condenada zorra…

Reconocí aquella voz. Ante mi sorpresa, era la de la misma mujer que me había recibido, la misma que me dijo que no podían enseñar el fichero a cualquiera.

¿Pero por qué me apoyaba la punta de un cuchillo en la nuca?

¿Por qué no se comportaba normalmente y daba la alarma?

Sin volverme, susurré:

—No intento robar nada. Llame a la policía si quiere.

—¿La policía?

La voz era burlona. Arrastraba las sílabas.

Y entonces me di cuenta, con horror, de que aquella mujer no avisaría a las autoridades jamás. De que solamente quería acabar conmigo. ¡De que yo le estorbaba y me haría desaparecer!…

Susurré:

—Dios santo…

No sé cómo lo hice. Hay momentos en que nuestro cuerpo es capaz de cosas que no hubiéramos imaginado jamás. Rebrinqué en el aire con tal agilidad que choqué con la pared frontera antes de que por mi cerebro hubiera pasado un solo pensamiento.

El cuchillo había rasgado el aire, tratando de clavarse en mi nuca. Sentí un leve roce y noté el contacto caliente de la sangre, pero mi espesa mata de pelo me salvó. Mientras chocaba contra la pared, giré sobre mí misma.

Vi venir de nuevo a aquella extraña mujer.

Sus ojos despedían llamas.

Sus labios estaban torcidos en una horrible mueca.

—¡Maldita! —barbotó—. Llevamos demasiados años ocultando esto… ¡No lo estropearás todo ahora! ¡No lo estropearás!…

La hoja de acero rasgó el aire.

No me alcanzó de lleno porque soy ágil. Pude apartarme a tiempo, y el cuchillo resbaló por la pared. De la garganta de aquella extraña mujer escapó un rugido.

Rodé por el suelo. Cuando se abalanzaba de nuevo sobre mí pude lanzarle una silla a los pies.

Lanzó un grito ahogado y ella también rodó por tierra. Las dos nos alzamos a un tiempo, pero algo había cambiado ahora: algo que significaba el fin de mi vida.

Yo había quedado acorralada en uno de los ángulos de la pared. Ya no podía escabullirme. Mi enemiga vino hacia mí.

Contuve un grito de terror.

Me pareció sentir ya el frío del acero en las entrañas.

Y de pronto una de las puertas del despacho se abrió en silencio. De pronto, en ella apareció… ¡Spectro!

¡Iba vestido como en las historias de Dudley!

¡Era exactamente el mismo que le había aterrorizado tantas veces!

En aquellos ojos inquietantes y profundos brillaba ahora un fulgor demoníaco. Todo su cuerpo vibraba. ¡Y en sus dos manos oscilaba un hacha!

Era una auténtica hacha medieval de verdugo de las que aún se conservan en algunas mansiones nobles inglesas. La mujer se volvió y pudo verla. Noté que sus facciones se desencajaban. Pero no era de miedo, sino de sorpresa.

Y hasta de desengaño.

Era como si no pudiese creerlo.

—No, tú no… —gimió—. ¡Tú no puedes haberte puesto de acuerdo con esa zorra!

Fue lo último que dijo.

Para mí resultó un espectáculo alucinante. Increíble. Me llevé las manos a la boca y la apreté desesperadamente para no gritar.

El hacha había rasgado el aire.

Se oyó un siniestro «tloc».

Fue un golpe seco, sordo, como el que se produce al partirse un tronco.

La cabeza de la mujer había volado.

En una escena irreal, alucinante, de auténtica pesadilla, la vi oscilar a cámara lenta por los aires como el pedazo de un maniquí con la cabellera al viento. Todo ocurría lentamente, con una lentitud que deshacía los nervios. La cabeza chocó contra una pared, dejó tras ella una estela roja y quedó detenida a mis pies mientras sus ojos desorbitados seguían mirándome fijamente, intensamente, tanto que los sentí como dardos atravesándome la piel.

Supe entonces que yo también iba a morir. Spectro no me perdonaría.

Y, curiosamente, no sentí miedo, sino sorpresa. Sentí también una especie de desesperación porque al morir ahora jamás conseguiría averiguar la verdad de todo aquello.

Chillé.

Chillé con toda mi angustia, con todas mis fuerzas.

De pronto, hasta la luna parecía haberse teñido de rojo.

Pero Spectro no venía hacia mí. Lo comprendí más tarde, cuando de repente me di cuenta de que estaba sola y de que seguía chillando como una obsesionada. El misterioso personaje y su hacha habían desaparecido. Todo hubiera sido como en un sueño de no ser porque la cabeza cortada continuaba allí, clavándome aquellos ojos tan abiertos y que se hacían más blancos cada vez, como si los transformara la luz de la luna.

No tomé ninguna decisión, pero me moví. En ese momento me guiaba sólo mi instinto. Abrí la ventana, puesto que estaba en el primer piso, y me lancé por ella.

Caí bien. Soy joven y ágil y tengo todavía las piernas a prueba de trompazos. Me di cuenta de que todo el edificio se había conmocionado, pero nadie sabía lo que pasaba, lo cual era una ventaja decisiva para mí.

Corrí hacia el bosque sin que nadie me persiguiera. Lo atravesé a toda la velocidad de mis piernas y me detuve jadeando ante el coche que había dejado en un camino vecinal. Yo tenía alquilado entonces un pequeño «Austin», capaz de desarrollar grandes velocidades y que, además, era ideal para pasar desapercibido. Empleando los senderos del bosque y con los faros apagados, me dirigí a la casa de Dudley. Supuse que, ante una simple llamada telefónica desde Mahatma House, la policía bloquearía las carreteras, cosa en la cual no me equivoqué. Acababa de dejar el último camino vecinal cuando vi a lo lejos los intermitentes de los patrulleros que volaban hacia la residencia.

Cuando llegué a la casa donde vivía estaba tan trastornada que no podía ni hablar. Menos mal que no encontré a Dudley porque no hubiera sabido qué explicarle. Caí sobre mi cama y quedé como aturdida.

No pude pegar los ojos, aunque tampoco estuve despierta. Toda la noche fue para mí como una interminable pesadilla.

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente no bajé a desayunar. Estuve encerrada en mi habitación, pretextando no encontrarme bien, hasta que llegó el cartero con los periódicos.

Lo reconocí por el petardeo. El cartero empleaba una «Honda» de cuatro tiempos y pequeña cilindrada. Atravesé el jardín, fui a su encuentro y tendí en silencio la mano.

—Hola, señorita Marta —me dijo, con un guiño de complicidad —. Hoy el periódico viene de alivio.

Y me entregó dos ejemplares. Yo sabía que el *Times* de Londres diría muy poca cosa, puesto que la noticia le debía haber llegado tarde. En cambio, el diario de la comarca (como ustedes saben, en Inglaterra hay muchos pequeños periódicos locales) traería una información completa. Abrí las páginas del *County Daily* y leí ansiosamente.

El crimen estaba explicado con gran lujo de detalles, pues dos enviados especiales habían acudido en seguida. También había fotografías, aunque la de la cabeza, por fortuna para mi sensibilidad, no había sido publicada. Por los datos contenidos allí supe varias cosas que desconocía hasta el momento.

La víctima era administradora del establecimiento.

Se llamaba Marly.

No era joven. Bordeaba los cincuenta años de edad.

La policía no tenía aún pistas acerca del incomprensible crimen. Incomprensible, entre otras cosas, porque no faltaba nada. Claro que se esperaba encontrar datos muy pronto.

Los técnicos trabajaban en la exploración de huellas.

Fue entonces cuando sentí miedo. Las mías debían estar en todas partes, pero con una ventaja: no estaba fichada. La policía se volvería loca buscando en sus archivos.

Claro que había algo peor.

El coche.

Las ruedas de un «Austin 1300» son fácilmente identificables por su pequeño tamaño. Y no digamos del dibujo de los neumáticos, que en mi caso eran completamente nuevos. Si la policía hacía una indagación por el bosque, las encontraría, ya que las hojas secas caídas en las últimas horas las habrían cubierto en parte, pero no totalmente.

Mi única esperanza estaba en que eso no sucediera.

En que la policía buscara por otros lados antes de pensar que yo podía haber huido a través del bosque.

—¿Preocupada?

La voz llegó entonces hasta mí como si atravesara capas espesas de niebla. Era lejana y débil. Me volví y pude ver el rostro terriblemente pálido de Dudley.

No era difícil darse cuenta de que estaba peor que yo, de modo que eso me otorgó fuerzas. Es lo que dicen: «Mal de muchos…».

—Parece que no ha descansado bien… —susurré.

Él no contestó. Se puso un cigarrillo en los labios y noté que temblaban sus manos.

—Spectro ha vuelto —musitó.

Ahora ya no traté de tranquilizarle. Hubiera sido inútil intentarlo, porque yo también estaba metida dentro de aquel mundo de pesadilla.

—Vámonos de aquí —dije—. Vámonos cuanto antes.

—Es inútil —murmuró—. Sé que Spectro me perseguirá a todas partes.

—No en un barco. Ni en un avión. Ni tampoco en un coche. Larguémonos de aquí, Dudley. Haga que su «Jaguar» color plata le sirva para algo. Condúzcalo hasta Newhaven, embárquelo en el primer *ferry* y luego no pare de rodar con él hasta llegar a Varsovia. Será el único modo de librarse de esa pesadilla.

Movió la cabeza amargamente.

—No es una pesadilla, sino una realidad —dijo.

Apreté los labios.

Yo creo que me hice sangre en ellos con mis propios dientes. Me clavé también las uñas en las palmas de las manos, poseída por una honda desesperación.

—¿Quiere que le cuente una cosa, Dudley? —susurré.

—¿Qué?

—No va a creerme.

—Si no lo cuentas no sabré si puedo creerte o no, Marta —dijo, secamente.

—Entonces óigame bien. Usted sabe lo que pasó en el Museo Livingstone, en parte porque se lo conté y en parte porque lo publicaron todos los periódicos.

—Claro que lo sé.

—Al contarle esto me pongo en sus manos —dije—. Si usted hablara con la policía, podría verme envuelta en un conflicto del que no sé si lograría salir.

Hizo un gesto de impaciencia.

—¿Cómo crees que voy a hablar con la policía? ¿Es que no confías en mí?

—Naturalmente que confío —dije—, porque, además, los dos tenemos los pies metidos en la misma zona del Más Allá.

Y le conté todo lo que había sucedido en Mahatma House, sin omitir detalle. Noté que palidecía más aún y que sus manos temblaban lastimosamente. Bajó la cabeza y no me interrumpió hasta la última sílaba. Cuando terminé de hablar, dijo solamente:

—Lo esperaba.

Entre los dos se produjo un espeso silencio.

Yo hubiese preferido que gritase, que exclamara algo, que diera aunque sólo fuese un puntapié al aire. Aquel silencio y aquella inmovilidad no podía soportarlos.

—¿Por qué lo esperaba? —musité al fin.

—Spectro es un asesino.

—¡Spectro es un personaje que usted creó! ¡En realidad no existe!

—¿No existe?

Me miraba burlonamente. Respiré hondo y me di cuenta de que yo también había perdido el sentido de la realidad. Claro que Spectro existía, puesto que lo había visto. Y claro que existía su mujer, aunque en Mahatma House no hubiese aparecido ella.

—Usted lo había visto antes —dije ansiosamente—. Seguro que lo había visto.

—No, claro que no.

—¿Todo fue imaginario?

—Te juro que sí.

—Entonces, ¿cómo puede ser una realidad?

Dudley se encogió de hombros con un gesto de impotencia. Me señaló una piedra que teníamos a nuestros pies y me dijo con voz ronca:

—Nadie sabe lo que es realidad y lo que no lo es. Desde los primeros tiempos de la Humanidad, el hombre ya pensó que quizá las cosas que veía no eran las mismas que existían. Tú has leído a Platón: conoces la historia de la cueva y las sombras. Alguien encerrado en una gruta ve sólo las sombras de la gente que pasa, pero no ve a la gente. Y cree, por lo tanto, que lo único que existe son las sombras. Lo que tomamos por realidades no son a veces más que imaginaciones nuestras o visiones parciales de una realidad mucho más completa. Los filósofos idealistas situaban la existencia de las cosas en nuestro pensamiento, no en la realidad. Yo puedo ver un trapo rojo, pero en cambio un toro, incapaz de distinguir los colores, no lo ve así. ¿Cómo es, entonces, el trapo? ¿Por qué he de pensar que es como lo veo yo? Kant decía que sólo somos capaces de tener un conocimiento parcial e incompleto de las cosas a través de unos elementos que él llamaba «categorías». Por lo tanto, las cosas no son como nosotros las vemos o imaginamos, sino de una manera distinta. ¿Por qué aferramos entonces tanto al mensaje que nos envían nuestros ojos? ¿Y el mundo extrasensorial? ¿Es que no existe?

Dio unos pasos por el jardín. Menos mal que la mañana era radiante y nada daba sensación de pesadilla. Menos mal que no había niebla. Los fantasmas parecían haberse ido lejos de la casa, pero, sin embargo, seguían estando en las palabras de Dudley.

—El mundo extrasensorial nos rodea por todas partes —musitó —: lo que ocurre es que no podemos captarlo. Hay sonidos que no podemos oír y colores que no podemos ver, pero que están rodeándonos. Las imágenes pueden descomponerse y circular: ahí tienes la televisión, que ya nos parece una cosa rutinaria, pero que en realidad es asombrosa. ¿Por qué no creer que también nos rodean los muertos? ¿Por qué no pensar que un día, mediante un simple aparato, podremos volverlos a ver?

Me estremecí. No me gustaba aquella conversación que me hacía sentirme cada vez menos segura de mí misma.

Además, Spectro no era un muerto. Yo le había visto manejar diabólicamente un hacha.

Y sabía dónde vivía. Podía denunciarlo a la policía con sólo descolgar un teléfono.

—¿Qué debo hacer? —musité.

—¿Te refieres a contarle a la policía todo lo que sabes?

—Sí.

—Hazlo, si con eso te vas a quedar más tranquila.

—¿Y si sospechan de mí?

—Ése es un peligro que corres y que nadie puede evitar. Estás metida en un lío y todo consiste en saber cuál de las dos posibilidades es la menos mala.

Reflexioné unos instantes mientras me retorcía los dedos nerviosamente. Al fin tomé una decisión.

—No podría vivir con esa angustia —dije—. Llamaré a la policía.

—Hazlo, pero, por favor, no me envuelvas a mí. No digas que Spectro es un personaje que yo he creado.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Puesto que ninguna de las historias que usted iba a dibujar se ha publicado aún, nadie le conoce en ese sentido —susurré—. No hay motivo para que lo diga.

—Gracias. No quiero que también a mí empiecen a volverme loco.

—Lo comprendo muy bien, Dudley.

—De todos modos, si crees que…, si crees que diciéndolo vas a sentirte más tranquila, dilo.

Se había mordido los labios. Evitaba mirarme, pero noté que sufría. Me pareció notar en sus palabras una ternura, una preocupación por mí que ningún hombre me había demostrado antes.

Yo sí que le miré a los ojos.

Me pareció un hombre distinto. Me pareció un hombre en el que podía confiar. ¿Y tal vez quererle también? ¿Qué había realmente en su vida fuera de su trabajo y de aquella esposa, Mónica, que no le hacía maldito caso? ¿Qué sufrimientos, qué incomprensiones se ocultaban en el alma de aquel hombre?

—Nunca le comprometeré —dije.

—No es por eso. Es que… En fin, perdóname. Pero me doy cuenta de que si esto marchase mal y tú me faltaras, me faltaría algo muy importante en mi vida.

Nos miramos fijamente los dos. Nos envolvía un silencio cargado de presagios, un silencio cargado de fantasmas tal vez. Creo que ninguno de los dos supo cómo ocurrió. De pronto nos encontramos uno en brazos del otro.

Fue una especie de desesperación la que nos unió.

El ansia de tener alguien en quien confiar, ahora que nos rodeaba lo desconocido.

Fueron sus labios los primeros en apartarse. Yo creo que tuvo miedo de herir mi sensibilidad. O quizá notó que yo era una chica inexperta a pesar de todo, a pesar de que a veces me las daba de pequeña zorra.

—Gracias —musitó—. Sólo quería decirte que contaras conmigo.

Y se alejó pesadamente.

Creo que fue entonces cuando noté que el sol se oscurecía y volvía a brotar la niebla.

Pero en cambio no noté que Mónica nos había estado viendo, no me di cuenta de que sus ojos oblicuos, desde unas veinte yardas de distancia, entre los árboles, nos habían retratado meticulosamente.

Sólo más tarde me di cuenta de que ella nos había estado espiando. Sólo unos días después supe lo que todo aquello podía significar.

Pero entonces era incapaz de sospecharlo siquiera.

CAPÍTULO VII

Si yo había pensado que Kendall era un simple auxiliar de la policía me equivocaba. Cuando fui a verle a su despacho me di cuenta de que tenía el cargo de jefe de investigaciones de la localidad; o sea, que el caso estaba enteramente en sus manos.

Pero me recibió con aquella sonrisa de chico modesto y que parecía pedir perdón por todo. Después de hacerme sentar, me ofreció cigarrillos y me preguntó si me encontraba bien. Al decirle que sentía frío se apresuró a servirme un poco de té. Era el hombre más amable y considerado que había conocido hasta entonces, y además, he de reconocer que se estaba muy bien en su despacho, entre los sobrios muebles ingleses, detrás de las dobles ventanas, mientras fuera silbaba el viento. Me encontraba tan bien allí que pensé que Spectro y los demás fantasmas ya no habían de volver nunca.

—¿Qué tiene que decirme, Marta? —me preguntó al cabo de algunos minutos—. ¿Hay novedades? Espero, de todos modos, que no sean nada malo para usted.

—En cierto modo —dije.

—¿En cierto modo por qué?

—Me sabe muy mal verme envuelta en este lío, y si de mí dependiera, escaparía corriendo de aquí; si no lo hago es porque veo a Dudley sufrir mucho y creo que me necesita.

—Los dos tienen relaciones muy cordiales, ¿verdad?

—Es un gran jefe y un magnífico profesional.

Omití decir, claro está, que nos habíamos besado poco antes y que quizá pasarían entre nosotros cosas más serias. Pero el entusiasmo al hablar de él debía traslucirse en mis ojos, porque Kendall murmuró:

—Yo también soy un gran admirador de Dudley. He leído todas sus historietas y todas sus publicaciones, ¿sabe? Tiene una gran

imaginación e incluso a un periodista profesional le puede enseñar cosas nuevas. Pero en los últimos tiempos ha dibujado menos y yo creo que sus obras han perdido algo de calidad. Tiene…, ¿cómo se lo diría?… Tiene el trazo menos firme.

Yo también lo había notado, desde luego, pero me gustaría saber qué dibujante hubiera podido tener el trazo firme pasando las angustias que pasaba Dudley.

Kendall me ofreció un nuevo cigarrillo y me sirvió mi segunda taza de té. Parecía un amigo y no un policía, aunque eso podía ser una táctica. Al fin, musitó:

—¿Qué es lo que tiene que contarme, señorita Liverpool?

Yo decidí ser sincera y contarle todo lo que sabía, callándome sólo una cosa: que Dudley había dibujado a Spectro y su mujer antes de verlos en realidad. Ese aspecto fantasmal de la cuestión decidí dejarlo de lado en parte porque Kendall no me hubiera creído, y en parte porque cada vez que pensaba en eso se me cortaba la respiración.

Pero en cambio me atuve a las realidades. Expliqué a Kendall que había hablado con la señora Spectro, en el Museo Livingstone, la noche en que apareció Elaine abierta en canal sobre una mesa de autopsias. Expliqué también, aunque eso podía acarrearme complicaciones con la ley, que había entrado por la noche en Mahatma House buscando un rastro de la señora Spectro y que allí había estado a punto de ser asesinada. Por fin expliqué lo más espantoso: que había visto cómo Spectro decapitaba con un hacha a la mujer que había tratado de matarme a mí.

Kendall me escuchaba con las facciones contraídas, sin interrumpirme. Me di cuenta de lo importante que eso era para él. No todos los policías tienen la suerte de que se les presente en su despacho un testigo presencial de un crimen, aunque dudo de que en algunos aspectos llegara a creerme de verdad.

Al fin supliqué:

—Le he contado todo esto con la mayor sinceridad del mundo, pero lo negaré ante el pequeño jurado[1] y no firmaré nada si me acusa de allanamiento de morada por haber entrado durante la noche en Mahatma House. En tal caso no podrá usar mis declaraciones porque lo negaré todo. Le ruego que busque alguna excusa legal para que yo pueda hablar sin comprometerme a mí

misma.

—Podemos decir que había ido a visitar a uno de los pensionistas y que se perdió —me sugirió Kendall—. Puede tener la seguridad de que no pienso comprometerla, pero antes de dar a esto estado oficial convendrá que hagamos algunas indagaciones. ¿Puede acompañarme?

—¿A la cárcel?

Se echó a reír. El tío tenía, a pesar de todo, un buen humor envidiable.

—No, claro que no —dijo—. A Mahatma House.

—Aquello es peor que la cárcel para mí.

—No tema, puesto que vendrá conmigo. Es sólo una comprobación rutinaria, ¿sabe? Vamos allá.

No puse inconveniente.

Nos instalamos en su coche y rodamos a poca velocidad hacia Mahatma House. Yo temía que aprovechara para hacerme algunas preguntas comprometedoras, pero prefirió no cansarme. Al contrario, prefirió darme algunos datos acerca de lo que era Mahatma House.

—La institución fue creada en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial, o sea, en el año 1945 —me dijo—. Entonces había muchas personas desplazadas, gentes sin familia y hombres y mujeres que habían quedado sin amigos y sin hogar. Un benefactor inglés que vivía en la India dio dinero para fundar eso.

—Sí… En la puerta hay una pequeña placa que lo dice.

—Al principio se instalaron allí personas relativamente jóvenes. Casi le diré que eran muy pocos los que pasaban de los cincuenta años. Ninguno de ellos tenía hogar ni casi documentación. Eran personas destrozadas por la guerra y que querían rehacer sus vidas. Eso me lo han contado, porque yo entonces era un niño. Más tarde Mahatma House se convirtió en un sitio donde sólo eran admitidas personas retiradas de más de cincuenta años, y así fue adquiriendo el carácter que tiene hoy.

—¿Entran muchos acogidos nuevos cada año?

Negó con un suave movimiento de cabeza.

—No. Mahatma House está a tope.

—Eso quiere decir que usted, si se jubilase y no tuviera familia, no podría entrar allí.

Rió de nuevo alegremente mientras me miraba de soslayo.

—A mí aún me falta mucho para jubilarme, Marta.

—Era una simple suposición. ¿Así que ya no entra ninguna persona nueva en Mahatma House?

—Le acabo de decir que está a tope.

—Pero algunos socios se irán muriendo…

Kendall arqueó una ceja.

—Oh, por supuesto. Hace años morían bastantes y eran sustituidos por nuevos huéspedes, pero ahora se ha llegado en Mahatma House a una situación de buena salud que es casi maravillosa. Ya quisiera yo vivir con la tranquilidad con que viven allí. En los últimos cuatro años no se ha muerto nadie.

—Es asombroso…

—No haga caso. Con la salud de las pequeñas comunidades ocurren cosas extrañas. A lo peor dentro de dos meses empiezan a morirse todos en cadena.

Y volvió a reír, aunque ahora sin ninguna alegría. Yo supuse que le importaba un comino la salud de los acogidos en Mahatma House, lo cual era muy natural.

Pero a mí se me heló la sangre en las venas al pensar una cosa estúpida: ¿Cómo iban a morir si todos estaban muertos ya? ¿Cómo iban a morir si al fin y al cabo eran fantasmas?

Pero ya acabo de decir que ése era un pensamiento estúpido. Recliné la nuca en el apoyacabezas y cerré los ojos para no ver los ladrillos negros de Mahatma House, que empezaban a insinuarse en la lejanía.

CAPÍTULO VIII

Allí había una discreta vigilancia policial a causa del crimen, y por lo tanto los acogidos en la institución vivían unas horas que no tenían nada de alegres. Me pareció que se pasaban las horas en la sala de juegos y deambulando por los campos, aunque sin alejarse. Algunos nos dirigieron miradas rencorosas al vernos aparecer.

Habíamos turbado su paz.

Éramos unos intrusos, lo comprendo.

Pero Kendall tuvo unas palabras amables con John Hunter, que se encargaba ahora de la institución, y fuimos a la sala donde yo había sido testigo del espantoso crimen. ¿Necesito decir que sentía frío en los huesos al entrar de nuevo allí? ¿Necesito decir que con gusto lo hubiese echado todo a rodar y me hubiera largado a toda prisa?

Kendall debió comprenderlo y me apretó el brazo con un gesto de amistad cuando avanzamos hacia el armario de los ficheros. Luego me ofreció un cigarrillo.

John Hunter nos había dejado solos.

—Revisen lo que quieran —había dicho al despedirse—. Pero, por favor, no pierdan nada.

—Lo dejaremos todo como estaba —susurró Kendall—. No se preocupe, no les causaremos molestias.

Puso de nuevo el fichero sobre la mesa.

Me dirigió una sonrisa para alentarme.

—Veamos, Marta —susurró—, usted ha dicho que miraba estas fichas cuando sintió la punta del cuchillo apoyada en la nuca.

—Sí.

—¿Qué buscaba?

—A la mujer que había visto en el Museo Livingstone.

—¿La encontró?

—No.

—Pero ella le había dicho que vivía aquí, ¿verdad? Y que se llamaba señora Spectro.

—Exacto, eso me había dicho.

—Sin embargo, parece que eso no era cierto… En fin, ¿vio en el fichero algo que le llamara la atención?

—Sí, claro.

—¿Qué?

—Esto.

Busqué en las fichas y encontré la de Spectro. No fue nada difícil. Estaba en el mismo sitio donde la había visto la noche en que trataron de matarme.

Kendall parpadeó.

Creo que llegó a impresionarle también la cara siniestra de aquel tipo, una de esas caras que uno espera ver aparecer solamente en las películas de Drácula.

Musitó:

—Pero aquí no se llama Spectro…

—No, ya veo que no. En la ficha dice que es Frank Montgomery, de cincuenta y cinco años de edad, ciudadano inglés residente en París el año 39, cuando empezó la guerra. Los alemanes lo llevaron a un campo de concentración y estaba ya a punto de morir cuando lo liberaron los soldados norteamericanos. Entonces vino aquí. Por lo que parece, fue una de las cuatro o cinco primeras personas que llegaron a Mahatma House.

Kendall asintió pensativamente.

—Sí, eso dice.

—O sea, que lleva viviendo aquí una cantidad enorme de años, sin haber ido prácticamente a ningún sitio. ¿Todos los que habitan aquí son gente así?

—Sí, eso creo —murmuró Kendall—. Son personas marcadas por la guerra y que odian a la Humanidad. Aquí se sienten a gusto y por eso prefieren no moverse. Son personas incapaces de olvidar.

—Después de estar tantos años en un campo de concentración de Hitler, comprendo que no se olvide —musité—. Por lo que he leído, debió ser espantoso. Pero fíjese, Kendall, aquí dice también que está casado.

—Sí…

—Y sin embargo, su mujer no figura en el fichero. Su mujer tuvo

que ser la que se me presentó como señora Spectro.

—Cierto… —musitó—, pero eso lo averiguaremos pronto. Ahora hay algo más importante, Marta, y le ruego que se dé cuenta de lo que significa. ¿Usted vio realmente a este hombre cometer el crimen?

—Sí —dije sin vacilar.

—¿Lo repetiría ante un jurado?

—Naturalmente, puesto que es la verdad.

—¿No desea librarse de él? ¿No le guarda rencor por algún motivo?

—No. Lo único que le tengo es miedo —susurré.

Como todos ustedes se habrán dado cuenta, yo era absolutamente sincera. Estaba decidida a no mentir. Kendall retiró la ficha y dijo:

—Hará falta que lo identifique en persona.

—Claro…

—Pero usted ya sabe cómo se hacen esas cosas. Llamaré a dos policías como testigos y usted lo identificará delante de ellos y de mí mismo. Naturalmente, Montgomery no estará solo, sino mezclado, con cuatro personas más como mínimo. Elíjalas usted misma de entre las fichas.

Seleccioné a cuatro hombres.

Eran individuos que me habían llamado la atención la primera noche por sus facciones más o menos fantasmales y siniestras. Kendall llamó a John Hunter, el administrador general, y le entregó las cinco cartulinas.

—Por favor —dijo—, quisiéramos ver a todas esas personas.

—¿Ahora?

—Sí. Es para una comprobación sin importancia.

—De acuerdo… Veré si las encuentro.

—¿Es que no tienen localizado a todo el mundo?

—Esto no es una cárcel. Pueden pasear e irse a las poblaciones cercanas si les parece bien. Parece que usted no se ha dado cuenta de que esto es un pensionado libre, señor Kendall.

—De todos modos, le ruego que los encuentre. No les molestaremos más allá de diez minutos.

John Hunter salió, y entonces Kendall se dio cuenta de que yo estaba temblando. Con un gesto suave me dijo que se hacía cargo

de que aquello era muy violento para mí, pero debía llenarme de orgullo porque estaba ayudando a la ley. Me dijo también que no era necesario que señalase a Spectro (o Montgomery, o como se llamase) cuando lo reconociera. Puesto que se trataba de una diligencia previa, bastaría con que le hiciese una seña a él.

Los dos agentes que iban a servir de testigos entraron poco después. Y entraron también cuatro hombres.

Inútil es decir lo que sentí cuando vi aparecer de nuevo allí a Spectro.

Menos mal que era de día.

Menos mal que hacía un magnífico sol.

Pero me pareció de pronto que hasta el sol se oscurecía, me pareció que todo, de repente, se hacía más siniestro por el solo hecho de que Spectro entrara en la habitación.

Era casi exactamente como en los dibujos de Dudley, o sea, que tuve al fin una confirmación completa —y yo diría que espantosa— de que Spectro existía. Lo único que variaba eran sus ropas. Yo le había visto matar exactamente vestido como en los dibujos, o sea, con unas prendas que parecían de finales del siglo XIX. Ahora, en cambio, llevaba una americana de pana muy apta para pasear por el campo y unos pantalones de franela gris.

Me miró con curiosidad, pero no hizo ningún gesto que indicara haberme reconocido. La frialdad de sus nervios era admirable. Entre su actitud y la de los otros tres no hubo absolutamente ninguna diferencia.

Pero hubo algo que me sorprendió.

Kendall, que sin duda pensaba lo mismo que yo, dijo:

—Habíamos llamado a cinco. Aquí sólo hay cuatro.

—Falta uno —dijo John Hunter—. Al señor Cromwell no hemos podido encontrarle porque, sin duda, está en alguna población cercana, paseando. ¿Tiene eso alguna importancia? ¿Puedo llamar a otro?

Kendall se encogió de hombros. Me devolvió la ficha de Cromwell, o sea, el hombre que faltaba, y yo la puse en el fichero. En seguida Hunter hizo una seña a otro pensionista que ya aguardaba en la puerta y los cinco hombres formaron ante mí.

Sentí un estremecimiento visceral, un estremecimiento profundo que me llegó hasta lo más íntimo de la sangre. Pero como Spectro

se encontraba allí, no me quedó más remedio que hacer la seña que Kendall esperaba. Luego se disolvieron todos después de recibir disculpas por las molestias.

Cuando quedamos de nuevo solos (es decir, con la compañía de los dos agentes que habían servido de testigos), Kendall entrelazó nerviosamente sus dedos. Me di cuenta de que por primera vez no sabía qué actitud adoptar.

—Nunca un asesino ha caído en mis manos tan fácilmente —susurró—. Creo que todo se lo debo a usted, Marta.

—No he hecho más que decirle la verdad. Bastante penoso ha sido todo para mí. ¿Qué va a hacer? ¿Va a detenerlo?

—Necesito una orden, pero la conseguiré inmediatamente. Mientras tanto, vosotros dos —se dirigió a los policías— no le perdáis de vista un instante. Es un asesino y sabe que ha sido identificado; de modo que tratará de huir o quién sabe si de quitarse la vida. No le perdáis de vista un solo instante. Pretextad cualquier cosa, pero que no vaya ni siquiera al excusado él solito.

—Descuide; no lo perderemos de vista.

Mientras salíamos los dos, mientras avanzábamos por el jardín donde curiosamente ya empezaba a insinuarse la niebla, noté que entrechocaban mis dientes a causa del miedo que sentía. Con voz que era apenas un susurró, supliqué:

—¿Va a protegerme, Kendall? ¿No se da cuenta de que él sabe ahora que yo soy la única testigo? ¿No se da cuenta de que tratará de matarme en las próximas cuarenta y ocho horas, antes de que el pequeño jurado se reúna?

—No tardará ni siquiera cinco horas en estar entre rejas —me tranquilizó Kendall—. Podía habérmelo llevado ahora, pero prefiero hacer las cosas bien para que ningún abogado me pueda luego meter en un lío. Los de Mahatma House son pensionistas que tienen dinero y pueden acudir a los mejores profesionales, no crea. Por eso prefiero dejar ningún resquicio y traer una orden judicial.

—Pero cinco horas… son muchas horas.

—¿Quiere pasarlas en mi despacho? Allí no le ocurrirá nada.

Tragué saliva. Pensé que Spectro sería conducido a aquel despacho tarde o temprano, de modo que negué con la cabeza. Bastante miedo había pasado con verle una vez.

—No, gracias —dije—. Estaré dando vueltas con mi coche

alquilado. No creo que se me aparezca de pronto en una carretera.

—No, claro que no… —dijo Kendall, riendo alegremente otra vez—. No es un fantasma…

Pero yo no estaba tan segura como él. Palabra que no lo estaba. Lo juro por éstas.

CAPÍTULO IX

Para los que no conozcan el condado de Kent les diré que en él abundan las ciudades tranquilas, plácidas, donde uno puede encontrar de nuevo el gusto de vivir. Gran Bretaña es una nación poblada, pero todo está tan bien distribuido que da la sensación de que allí no sobra nadie, mientras que en otras ciudades del resto de Europa uno tiene que abrirse paso a empujones y procurar no caerse porque las masas lo aplastarían. Personalmente me gusta más la zona de Norwich, donde hay magníficos monumentos góticos, pero quizá ustedes piensen que eso no tiene importancia. Y la tiene: en primer lugar, el hecho de que me gustara aquel paisaje hizo que me tranquilizase. En segundo lugar, el hecho de que yo sea una buena dibujante tuvo mucha importancia en lo que me ocurrió luego. Y para ser una buena profesional había tenido que hartarme de dibujar monumentos góticos.

Recorrí numerosas carreteras en automóvil hasta que me detuve, cansada, en Momnsen. La pequeña ciudad de Momnsen está situada casi entre la casa alquilada por Dudley y el Museo Livingstone. También está cerca de Mahatma House; o sea, que yo no me había alejado demasiado de la zona, pese a haber dado tantas vueltas. Pero cuando me detuve en la pequeña ciudad no podía ni soñar siquiera lo que allí iba a ocurrirme, no podía imaginar que vería algo que me dejaría marcada para siempre.

Anduve mirando las tiendas: una frutería, una librería, un sastre, el estudio de un fotógrafo, la funeraria local…

¿Por qué me detuve ante la funeraria?

¿Qué tontería fue la que pasó entonces por mi mente?

Pero hice un gesto y decidí anular de una vez todos aquellos pensamientos. No era cuestión de volverme loca. De modo que pasé de largo y me detuve ante las vitrinas del fotógrafo.

Tuve un terrible sobresalto.

Desde allí me miraban, inmóviles, los mismos rostros que había visto en las fichas de Mahatma House. Caras impávidas, quietas. Me miraban también los ojos del hombre que no había comparecido porque, según John Hunter, estaba paseando lejos.

El llamado Cromwell.

Una fuerza superior a mí me hizo entrar.

En aquel momento no pensaba en Cromwell, ésa es la verdad. Pensaba solamente en *madame* Spectro. Pero, sin embargo, sería aquel hombre el que marcaría mi destino de una manera brutal minutos más tarde.

El fotógrafo me sonrió al verme entrar.

—¿Una foto para pasaporte, señorita? ¿Una ampliación para la familia? ¿Quizá una foto profesional? ¿Una pose?

Le deslicé por encima del mostrador dos billetes de cinco libras. No soy rica, pero podía permitirme ese lujo. Le dije que quería ver todas las fotos que tuviera en su archivo de personas de Mahatma House, pues había observado en el escaparate que bastantes de ellos venían a retratarse allí.

—Oh, sí… Cuando renuevan sus documentos de identidad lo hacen. Éste es el sitio que les queda más cerca. Prácticamente están todos. Imagínese…, ¡a lo largo de los años!

—¿Podría ver su archivo?

—¿Por qué?

—No tema, no es nada especial. Soy periodista y busco a una persona que ha vivido en Mahatma House.

—Naturalmente que sí, pero…, ¡ejem!…, eso trae molestias. Hay que revolver el archivo…

Le deslicé por encima del mostrador otro billete de cinco libras. El tipo sonrió y me puso delante un cajón lleno de copias. Yo empecé a revolverlas buscando una sola cara: la cara de la mujer de Spectro. Necesitaba convencerme de que ella también existía, así como me había convencido de que existía él.

Y si su retrato aparecía allí, sería señal evidente de que yo no estaba equivocada.

Pero tuve un desengaño.

No apareció.

Así como Spectro existía, su mujer parecía haber salido de mi imaginación para volver de nuevo a ella. No hallé ni rastro. En

cambio, apareció dos veces ante mis ojos la cara de Cromwell en dos fotografías distintas.

—¿Viene mucho éste por aquí? —pregunté.

Pensé que quizá estaría en la ciudad, en cuyo caso me convendría alejarme.

—Ya no —me contestaron.

—¿Ya no?

—Exacto. Ya no.

—¿Por qué?

—¿No lo imagina? Por la razón más sencilla del mundo.

—No, no lo imagino —musité.

Mi cerebro estaba paralizado.

—Pues porque ha muerto —dijo el fotógrafo, tranquilamente—. Murió hace dos años.

Mi cerebro se paralizó más aún.

Sentí un estremecimiento.

—¿Está seguro? —dije.

—¿Cómo no voy a estarlo? No fui al entierro, naturalmente, puesto que ni era amigo mío ni lo enterraron aquí. Pero el señor Cromwell era un cliente. La policía es bastante exigente con los documentos de identidad, y Cromwell venía a fotografiarse aquí siempre para las renovaciones. Últimamente andaba mal de salud y hasta me enseñó un análisis del médico. Yo entiendo algo de eso: tenía un cáncer como una casa. Hace dos años ya no vino a renovar el documento y pregunté por él: no sé quién me dijo que acababa de morir.

El frío llegó otra vez hasta el fondo de mis huesos.

Y nuevamente volví a tener la sensación de lo irreal, de lo absurdo, la oscura sensación de lo imposible.

El fotógrafo musitó:

—¿Qué le pasa?

—¿Por qué?

—Se ha puesto muy pálida…

—No me pasa nada —dije—. Muchas gracias. No… no me pasa nada…

Y salí.

Otra vez volvía a sentirme rodeada de fantasmas.

Porque una de estas dos cosas era verdad: o en Mahatma House

nos habían mentido al decir que Cromwell estaba paseando… o Cromwell era un fantasma situado más allá de la vida, de la muerte y del tiempo.

O eran fantasmas todos los que vivían en Mahatma House. Como la mujer de Spectro…

No sé cómo pude conducir sin matar a alguien al salir de la pequeña ciudad. Mi cerebro resultaba incapaz de asimilar todo aquello. Mis nervios colgaban como cuerdas rotas. Pero tuve entonces un valor que ahora no volvería a tener, un valor que me asombró a mí misma y que yo pienso que venía del fondo de mi propia desesperación.

Necesitaba averiguar la verdad como fuese.

Volvería a Mahatma House.

Volvería… aquella misma noche.

CAPÍTULO X

Esa noche no había luna cuando me acerqué de nuevo al edificio de ladrillo negro. Creo que nunca he avanzado con tanta paciencia, con tanta precaución como entonces, y también con tanta astucia. No creo que un instructor de comandos lo hubiese hecho mejor, y es que cuando una tiene la mezcla de valor y de miedo que yo tenía, entonces realiza cosas que ya no volverá a realizar en el resto de su vida.

No había vigilancia de policías.

Los perros seguían husmeando, pero tampoco me encontraron. Había demasiado terreno para vigilar.

Abrí la misma ventana de la vez anterior.

Estaba ya algo floja, de manera que no me costó.

Y como ya conocía un poco Mahatma House, me moví con mucha más soltura que la primera vez.

Deseaba ver los dormitorios.

Ver si realmente todos los que estaban allí descansaban como personas normales.

Eso puede parecer absurdo a los que me estén leyendo, pero hay que ponerse en mi momento de pesadilla. Yo tenía motivos para suponer que acababa de entrar en un reino de fantasmas… ¡y los fantasmas no descansan por la noche! ¡Al contrario, su mundo de libertad comienza con las sombras!

Abrí una puerta.

Silencio.

Luces amarillas.

Las baldosas de un largo corredor que brillaban hasta el infinito.

Vi que había puertas a ambos lados, las cuales debían corresponder a dormitorios privados. Cada uno de ellos tenía en la puerta una mirilla abierta como si se tratara de celdas.

Al parecer, en Mahatma House se carecía de intimidad. Pero

quizá ocurría que el reglamento era muy estricto, al convivir allí hombres y mujeres. Incluso entre parejas que tienen más de cincuenta años pueden surgir desagradables líos.

Fui mirando a través de las mirillas.

Mujeres.

Pensionistas que dormían en todas las posturas y ninguna de las cuales se dio cuenta de mi presencia.

Noté una cosa extraña: había varias habitaciones vacías.

¿Pero por qué? ¿No decían que en Mahatma House no podía entrar gente nueva porque aquello estaba a tope?

¿Qué significaba entonces lo que yo estaba viendo?

Salí de aquel pasillo y me dirigí por las escaleras al piso superior. Oía ruidos confusos, como gotear de cañerías y abrir y cerrarse de grifos, lo cual indicaba que alguien estaba en pie. Con todos los nervios tensos, conteniendo la respiración, esperé largo rato hasta que se hizo de nuevo el silencio.

Luego avancé hacia una gran sala.

Aquél debía ser el dormitorio de los hombres.

Los hombres dormían colectivamente, y no separados como las mujeres. Pero también me llamó la atención otra cosa: había camas libres. Es decir, Mahatma House no estaba a tope, ni mucho menos, como hacían creer a la gente. Algunos de los que figuraban en el fichero no existían en realidad. ¿Pero por qué? ¿Es que no eran seres normales? ¿Eran quizá espectros?

Cerré cautelosamente.

No había causado ni un solo ruido.

Me estaba maravillando de lo sorprendentemente bien que hacía yo los trabajos de espionaje.

Ahora había averiguado algo que Kendall no sabía y que tampoco sabía Dudley. Al día siguiente los dos iban a enterarse por mi boca. De modo que ya me disponía a marcharme cuando hubo algo que me hizo estremecer nuevamente.

Fue aquel gato de la planta baja.

En apariencia un gato no tiene importancia. Y una gata —pues ésta lo era— quizá menos aún. Pero el sitio en que se coló de rondón sí que lo tenía.

La gata se introdujo por un espacio inverosímil de una chimenea. Se trataba de un sitio, donde en apariencia, no había

ningún hueco, pero ella lo encontró. Y yo tuve la sensación de que acababa de encontrar también algo importante, algo que podía cambiarlo todo.

¿Una entrada secreta?

La sensación de peligro me ahogaba.

Pero ya estaba allí. Decidí seguir.

Me introduje a gatas en la chimenea y palpé los ladrillos junto al sitio por donde había entrado la gata. Éstos eran muy fáciles de desmontar. En realidad estaban machihembrados, o sea que encajaban perfectamente sin cemento ni nada. Daban una sensación de gran solidez, pero en realidad aquélla era una pared, de quita y pon. Un pequeño descuido, un pequeño hueco dejado con el tiempo había permitido a la gata buscar allí un refugio para ocultar sus crías. Sabido es que esos animales, conociendo por instinto que la mayor parte de sus cachorros van a ser sacrificados por los dueños de la casa en que nacen (de lo contrario en el mundo ya no cabrían los gatos), los ocultan en los sitios más inverosímiles hasta que pueden valerse por sí mismos. Esa circunstancia me había permitido a mí conocer lo que ahora tenía ante los ojos.

Pude pasar el cuerpo.

En efecto, noté el contacto caliente de los gatitos en un rincón. No les hice ningún caso, aunque la gata me arañó furiosamente.

Más allá el paso era mucho más amplio.

Una persona podía ponerse de pie.

No había nada de luz, por lo cual tuve que avanzar a tientas. Rocé una gran puerta cerrada y me entretuve casi media hora en abrirla con ayuda de mi tira de acero. Fue un trabajo difícil, laborioso y que más de una vez estuvo a punto de hacerme perder los nervios. Por fortuna se abrió al fin.

Creí que iba a desmayarme.

Me sentí transida de horror.

Lo que llegaba hasta mí era una vaharada nauseabunda de cuerpos en descomposición. Era algo que me hizo retroceder de pronto mientras ahogaba un grito.

¡Cadáveres!

¡Había entrado ni más ni menos que en un cementerio!

En aquel momento sentí un deseo loco de huir, pero pude dominarme. Ya había llegado hasta allí. Nadie me había descubierto

y por lo tanto estaba relativamente segura. Decidí continuar.

Rasqué un fósforo y me iluminé un poco. Pude ver que junto a mis pies empezaban unas escaleras de piedra. Eran muy antiguas y sin duda correspondían a la primitiva estructura de la casa. Bajé poco a poco sintiendo que mi corazón galopaba en el pecho locamente.

El olor se hacía más y más intenso.

Ahora no comprendo cómo pude resistirlo, pero entonces, curiosamente, me habitué a él, como si la propia tensión de mis nervios me hubiera privado de sensibilidad.

Otro fósforo.

El fin de las escaleras.

Una gran sala.

La llamita me mostró las paredes de piedra, el suelo de losas y… ¡y los ataúdes! La llamita me mostró quince ataúdes apoyados verticalmente en la pared, de dos de los cuales tan sólo se desprendía aquel olor nauseabundo.

Fueron ésos los únicos que no abrí. Los demás los fui descubriendo velozmente mientras iba rascando fósforo tras fósforo para no quedarme a oscuras.

Creo que, caso de sucederme eso, me habría vuelto loca.

Mis pulmones me quemaban.

Tal vez había dejado de respirar.

De los trece ataúdes que había abierto, al menos ocho estaban ocupados por simples esqueletos. Es decir, se trataba de pensionistas de Mahatma House (acerca de eso no tenía ninguna duda) que habían muerto cuatro o cinco años antes. Por la conformación de los huesos, deduje que se trataba de personas ya mayores, algunas incluso ancianas. Un dibujante tiene que entender también de eso.

Otros cadáveres no estaban descompuestos pese a llevar más de dos años allí y no despedir hedor. Estaban como momificados y se les podía reconocer. Y los reconocí.

Dos de ellos.

Mis ojos se desencajaron.

La llamita quemó en mis dedos sin que me diera cuenta.

De mi garganta escapó un gemido, algo que quería ser un grito, pero que no llegó realmente a brotar.

Porque uno de los cadáveres que había podido reconocer era el de Cromwell.

Y el otro era… era…

… ¡Era el de la mujer de Spectro!

CAPÍTULO XI

Nunca he sentido tanta angustia como en aquel momento ni la volveré a pasar. Sentía que me ahogaba. Me llevé la mano a la boca y empecé a vomitar. No me avergüenza decirlo porque fue una triste reacción física que le hubiese ocurrido a cualquiera. Tampoco me di cuenta de que el fósforo se había apagado y yo estaba rodeada por una impenetrable, viscosa y fétida oscuridad.

Por fin logré dominarme.

Encendí otro fósforo.

Ahora no me cabía duda de que la mujer de Spectro, con la que yo había hablado, era un fantasma. No me cabía duda de que me enfrentaba a lo sobrenatural.

Necesitaba salir de allí.

¡Necesitaba salir de allí como fuese, incluso dejándome la piel en el camino!

Así como había bajado los peldaños poco a poco para subirlos lo hice vertiginosamente. Tropecé con la puerta. Me incliné para salir.

Y entonces me di cuenta de que… ¡de que alguien estaba ajustando los ladrillos por el otro lado! ¡De que alguien quería enterrarme allí! ¡Enterrarme viva!

Un instante de indecisión, una vacilación más y ya habría sido demasiado tarde, puesto que no me hubiese quedado espacio material para meter mis dedos y actuar. Pero al menos llegué a tiempo de pasar una mano por el hueco y quitar ladrillos por un lado mientras mi misterioso enemigo los ponía por otro. Durante un largo minuto se desarrolló allí una lucha miserable y sorda, a ver quién era más rápido.

Lo curioso fue que mi enemigo no debió darse cuenta de que yo actuaba también. La oscuridad y su propia excitación se lo impedían. Había pasado ya casi un minuto cuando de pronto lanzó un rugido.

Era el rugido de un hombre.

O de una fiera.

Vi brillar quedamente la hoja del cuchillo en la oscuridad. Como me tenía tan cerca, intentó cortarme las manos. Por fortuna no me veía y el acero trazó un par de siniestros «chask chask» sobre los ladrillos.

La angustia me atenazó el corazón. Si me cortaban aunque sólo fuera una mano estaba perdida. Durante unas décimas de segundo fatales estuve a punto de asustarme y volver atrás, lo que hubiera sido terrible. Pero al fin reaccioné y me lancé hacia adelante.

Fue mi propia desesperación lo que me dio fuerzas. Ya que corrían peligro mis manos, me arriesgué a que me cortaran la cabeza. Lancé una especie de gruñido y me lancé hacia adelante con todas mis fuerzas.

La hoja de acero me hizo en el cuello una «caricia» sin importancia. Menos mal que mi enemigo no podía verme, porque de lo contrario me hubiese degollado con tanta facilidad como a una liebre. Rodé por el interior de la enorme chimenea mientras alguien rodaba conmigo también sordamente.

Y de pronto me vi en la gran sala que ya conocía. Me puse en pie de un salto, reuniendo unas fuerzas que ya no sé de dónde sacaba.

No había luna, pero la luz que entraba por los altos ventanales góticos resultaba suficiente para distinguir los objetos. Y para distinguir también al hombre que estaba frente a mí con el cuchillo tremolante en la derecha.

Lo reconocí en seguida.

¡John Hunter, el director de Mahatma House!

¡Era él quien había querido enterrarme viva y ahora trataba de segarme el cuello!

Sus dientes rechinaron.

En su mirada relampagueó el odio.

—Condenada perra… —barbotó—. Demasiados años hemos trabajado en esto para que tú lo estropees ahora… Demasiado nos jugamos para que tú lo hundas con una palabra…

Yo estaba petrificada.

Como muerta.

No entendía nada.

O mejor: sí que entendía una cosa. Me estaba diciendo casi las mismas palabras que me dijo Mary, la administradora que trató de matarme la primera vez. Me pregunté qué era lo que se ocultaba en Mahatma House. Qué era lo que yo había estado a punto de descubrir…

Pero no tenía tiempo de pensar en eso. El cuchillo avanzaba hacia mí. Leí en los ojos demoníacos de aquel hombre mi propia sentencia de muerte.

Salté hacia atrás.

Inútil, porque tropecé con una de las butacas y me vine al suelo blandamente. Mis piernas se alzaron hasta el techo. Pensé con estúpida vanidad que las tenía bonitas y que era una lástima que pronto pertenecieran sólo a una muerta.

¡Una muerta a la que también encerrarían en aquel cementerio secreto!

Creo que fue eso lo que me dio fuerzas para saltar en el último instante. La desesperación duplicó mis energías. Giré sobre mí misma, mostrando a mi enemigo una alegre colección de intimidades que, modestia aparte, quizá hubieran impresionado a cualquiera, pero que a él no le impresionaron en absoluto. Lo único que buscaba era mi garganta o mi corazón para acabar cuanto antes conmigo.

El cuchillo me desgarró una media.

Brotó la sangre.

Sólo había sido la punta, porque de lo contrario me deja coja para siempre. Bueno, para medio minuto. Porque estando coja no hubiese podido huir y no habría durado ni treinta segundos.

Choqué contra la pared.

Rodé por un diván de terciopelo rojo.

Lo curioso era que todo aquello se desarrollaba en medio de un silencio casi espectral, roto sólo por el jadear de mi enemigo y por algún leve gemido que apenas llegaba a brotar de mis labios. Yo me daba cuenta de que no me convenía chillar porque sería peor: estaba en terreno del adversario. Él quizá recibiría ayuda; yo no. En cuanto a John Hunter, debía tener interés en no alertar a nadie y por eso guardaba silencio.

Intenté saltar hacia una de las ventanas. Estaba en la planta baja y no me podía hacer daño con la caída. No me importaba dejarme

unos cuantos cristales clavados en mi cuerpo.

Pero no podía llegar hasta allí. John Hunter había adivinado mi propósito. Me cerraba el camino con el zigzag de su cuchillo.

Poco a poco me llevé las manos a la boca.

Estaba desesperada.

De pronto me di cuenta de que acababa de llegar al fondo de la sala, a un sitio donde no había salida y donde estaba demasiado lejos de las ventanas. Ahora ya no había escapatoria para mí. Contemplé hipnotizada el brillo del acero que se acercaba poco a poco.

Las fuerzas me fallaron.

Imaginé el efecto que produciría yo allí abajo, cuando me descubriesen quizá veinte años más tarde entre todos aquellos muertos y aquellos ataúdes de fabricación casera, hechos con cuatro tablas.

Pero ni ese horrible pensamiento me dio fuerzas para saltar. Ya no podía más. Mis piernas parecían de corcho y se negaban a sostenerme.

John Hunter me tenía segura.

Rió silenciosamente.

Su cuchillo dibujó en el aire un último zigzag antes de hundirse en mi garganta. Fui a chillar aterrada en el momento de morir.

Y fue entonces cuando mis ojos se desencajaron de nuevo. Pero no de horror ante mi trágico final.

No de miedo a morir.

Fue… ¡de miedo a vivir!

¡De tener que seguir viendo aquello!

Porque una de las puertas de la gran sala se había abierto en silencio. Una figura alta y negra, vestida según una moda de otro tiempo, acababa de aparecer en el umbral.

La reconocí al instante. Era… ¡era la mujer de Spectro!

¡Y llevaba entre sus manos un hacha!

CAPÍTULO XII

Me pareció vivir la misma situación fantasmal que ya había vivido una noche anterior, cuando en aquella casa sentí la muerte en mi sangre. La diferencia estaba en que aquella vez me salvó Spectro, mientras que ahora era su mujer la que acababa de entrar silenciosamente allí.

Supuse que venía a salvarme.

No sé por qué.

Tuve esa loca esperanza.

Pero si alguno de ustedes cree que me alegré de eso está equivocado. En aquel instante sentí algo muy extraño. Les juro que sentí miedo de vivir. No sé qué ejemplo podría poner para que todos ustedes me entendieran. Pero imaginen esto: imaginen que están en un pasillo rodeados por las llamas. No tienen escapatoria. Saben que van a morir. Y de pronto una puerta se abre y tiende los brazos, para ayudarles a escapar… ¡una persona a la que ustedes enterraron la semana anterior! ¡El rostro y las manos de un muerto!

¿Qué harían?

Pues algo parecido me ocurría a mí. Hubiera preferido dejarme morir de una vez antes de enfrentarme a aquel fantasma. Porque ahora sabía sin duda que la mujer de Spectro era simplemente algo sobrenatural.

Todo sucedía también como en cámara lenta.

La entrada de la mujer.

El roce de sus ropas.

El movimiento pausado del hacha…

John Hunter se había vuelto. Sus ojos estaban desencajados también. Leí el más absoluto asombro, el más abismal terror en sus ojos.

—No… —balbució—. Tú no…

Era como en una vieja película.

Una película en antañones grises y en rojos de sangre.

El baile pausado del hacha.

El golpe implacable.

La cabeza despegándose del tronco.

Todo repetido en imágenes diminutas, todas iguales, penetrando en mi cerebro como una obsesión o como un grito lacerante.

El vuelo de aquella cabeza.

Aquel vuelo mortuorio, lento, que parecía el de un extraño pájaro de otro tiempo.

El siniestro «chask» en la pared.

Yo me había llevado las manos a la boca. No podía gritar. No podía respirar ni pensar tan siquiera.

La mujer de Spectro vino poco a poco hacia mí.

Yo sólo veía sus ojos.

Su hacha empapada en sangre…

Me pareció, sin embargo, que me miraba con ternura. Me pareció que decía: «Pobrecilla… Pobrecilla…».

Tendió su mano hacia mí.

Como para acariciarme.

Como para demostrarme que estaba conmigo.

Ella, un ser de otro mundo, un ser de otro planeta.

Fue entonces cuando mis rodillas fallaron. Fue entonces cuando caí estruendosamente de bruces a tierra.

Con la boca entreabierta.

Con los ojos convertidos en dos globos de cristal muerto…

CAPÍTULO XIII

Cuando recobré el sentido estaba tendida en la hierba. Debo confesar que aquella sensación de recobrar el sentido y de volver a la vida fue para mí la más absurda que en aquel momento hubiera podido imaginar. En el momento de caer de bruces yo estaba segura de que iba a morir. Volver a tener noción de las cosas fue para mí una sensación ilógica, incomprensible, totalmente desconcertante.

Pero, a diferencia de la otra vez, no me encontraba en una cama de un hospital local sino en pleno bosque. Mis ropas estaban manchadas de barro. Mis medias rotas. Mis piernas al descubierto. Mi blusa parecía haber sido pasada por un rodillo de púas.

En mi boca había sabor a sangre.

Gemí mientras me arrastraba.

Y entonces me dieron a beber algo. A falta de licor era leche, pero también me animó, sobre todo por saber que tenía a mi lado una mano amiga.

Miré en torno mío.

La cara de miedo que tenía aquella pareja de novios no la olvidaré nunca. Habían dejado sus bicicletas apoyadas en un árbol y me miraban como si yo fuera un fantasma. Sobre todo el chico estaba aterrorizado porque no sé qué diablos debía imaginar.

La muchacha gimió:

—¿Pero qué esperas? ¡Ayúdala!

Él se inclinó sobre mí y me puso una americana encima de las piernas.

—¿Se siente bien, señorita?

—Mucho… mejor.

—¿Quién ha sido el hijo de perra que ha tratado de ultrajarla?

—¿Qué…?

—Quién ha tratado de ultrajarla. No me dirá que a usted la han puesto así por haber ganado un premio en una tómbola.

Me pasé una mano por los ojos. Negué con la cabeza.

—No es lo que usted piensa —dije.

—¿No?

La muchacha silabeó:

—Entonces la han robado.

—Por favor —musitó—, ¿qué hora es?

—La una de la madrugada.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

La pregunta les desconcertó. No entendían a qué diablos venía aquello de que yo les pidiese cuentas.

—Somos novios. Hemos dado un paseo en bicicleta —musitó él —, haciendo algún alto de vez en cuando. Nos casamos el mes que viene.

—¿Y cómo me han encontrado aquí?

—Muy sencillo. Atravesábamos el bosque por el atajo, ya que se nos había hecho demasiado tarde, cuando la hemos oído. Usted gemía entrecortadamente. Nos ha dado el susto peor de nuestra vida.

Me apoyé en el tronco de un árbol y respiré hondamente. Me sentía muy débil, pero mi cabeza funcionaba con sorprendente rapidez. Hice la primera pregunta que en buena lógica debía hacer:

—¿A qué distancia está esto de Mahatma House?

—¿Por qué?

—Perdonen, pero necesito saberlo.

—Pues… a cosa de media milla.

—¡Media milla! ¡Yo no he podido andarla!

La chica susurró:

—Claro que no, puesto que estaba sin sentido. En parte la han arrastrado hasta aquí. ¿Cree que lo han hecho desde Mahatma House? ¡Dios santo! ¡Media milla es mucho terreno!

—Una sola persona no ha podido hacerlo —musité.

La cabeza me daba vueltas otra vez.

¿Una sola persona? ¿Y un monstruo? ¿Qué sabía yo de la mujer de Spectro? ¿Por qué tenía ella que estar sometida a las mismas leyes que los pobres mortales?

—Me han atacado —dije al fin—, pero no para robarme ni para ultrajarme. Ha sido algo sin sentido que quiero contar a la policía. Ustedes deben conocer al señor Kendall.

—Claro que sí. Es uno de los jefes del condado.

Y, por el entusiasmo con que habló la chica, comprendí que estaba enamorada de Kendall más que de su novio. Pero, en fin, la vida es así. Una no puede elegir siempre la mejor pieza del escaparate.

—¿Podrían llevarme allí? —susurró—. Prometo que no les voy a crear ningún conflicto.

—Claro —dijo el muchacho—. Use mi bicicleta. Mi novia y yo iremos en la otra hasta la población.

Gracias a aquellas dos almas buenas pude ver a Kendall otra vez. De lo contrario creo que me hubieran faltado fuerzas para salir del bosque. Y además…, ¡seguía estando tan cerca de Mahatma House! ¡A sólo media milla! ¡Media milla no era nada para que me atacasen otra vez!

Kendall aún estaba en su despacho a pesar de lo avanzado de la hora. Estudiaba un informe del forense y se quedó paralizado al verme.

—Pero, Marta… ¡Y de esa manera!…

—Perdone, Kendall. No he podido elegir mi vestuario para esta visita de cumplido.

—Disculpe… Ya comprendo que le ha ocurrido algo muy grave. Por favor, siéntese. Y esos dos amigos suyos que se sienten también. ¿Quieren tomar algo?

Nunca he conocido a un policía tan bien educado como Kendall, pero la verdad era que yo tenía tanto miedo que deseaba acabar. Cuando la pareja de novios que me habían ayudado salieron de allí, al cabo de unos instantes, expliqué atropelladamente todo lo que había ocurrido mientras algunas palabras se ahogaban en mi boca.

Kendall me escuchaba con asombro.

Tuve la sensación de que no acababa de creerme. Pero al fin preguntó con un soplo de voz:

—¿De modo que han matado a John Hunter?

—Delante de mis propios ojos.

—¿Y dice que lo ha decapitado la mujer de Spectro, que por otra parte está enterrada en una cripta secreta?

—Sí.

Se pasó una mano por los ojos.

Supongo que dudaba entre presentar la dimisión o pellizcarme

para ver si así le despedían. En todo caso lo que ansiaba era librarse de aquel asunto. Pero al fin debió resignarse, porque dijo:

—¿Se atrevería a volver otra vez allí?

—Si no hay otro remedio claro que lo haré, pero quiero ir con usted y con algún otro policía. Sola no volveré nunca.

Asintió con una cabezada y pulsó un timbre colocado sobre su mesa. Instantes después se presentaban en su despacho los tres hombres que estaban de servicio en la pequeña jefatura local. Iban sin armas, naturalmente, pero su sola presencia ya me tranquilizaba. Uno de ellos me facilitó ropas de su hija, que vivía al lado y tenía más o menos mis medidas. Y así nos dirigimos de nuevo a Mahatma House.

Tenía encogido el corazón. He de confesar que sentía un miedo espantoso. Pero aun así nunca pude imaginar que la realidad desbordaría mi pánico, no pude sospechar de ningún modo que me dirigía a aquella extraña orgía de sangre.

CAPÍTULO XIV

El aspecto de Mahatma House era casi normal cuando vimos la casa de ladrillo negro desde una curva del camino. Bastantes luces estaban encendidas a aquella hora, pero ése era el único detalle que no cuadraba; por lo demás, todo tenía el aspecto que hubiera tenido en una noche cualquiera, una noche pacífica como las otras.

Kendall preguntó:

—¿Y Montgomery? ¿Sabe si ha huido?

—Querrá decir Spectro…

—Su nombre legal es Montgomery, y yo he de llamarle así. No compliquemos las cosas, Marta. Eso de Spectro es algo que debería olvidar.

Hice que sí con la cabeza, pero yo sabía que no podría olvidar aquello jamás. Luego recordé el sentido de la pregunta y negué con otro gesto.

—No, Spectro no ha huido —dije—. Le vi durmiendo con los otros.

—¿Y dice que había camas libres? ¿Que no tienen allí tanta gente como aseguran?

—Sí. De lo que se deduce que esa sorprendente «salud» de que gozan los acogidos en Mahatma House no pasa de ser una pura filfa. Se mueren como todo el mundo, pero nadie se entera. Los entierran en la cripta secreta y a todos los efectos legales siguen viviendo. Como Mahatma House no está controlada por nadie, excepto por sus propios directivos, esas muertes se ignoran en el mundo exterior. Lo de aquel fotógrafo que me informó en la ciudad de Momnsen fue una pura casualidad; para que se produjera hubieron de darse una serie de circunstancias muy especiales. Durante años y más años, oficialmente, aquel hombre llamado Cromwell hubiera seguido viviendo. Con explicar a sus escasísimos conocidos que no tenía ganas de salir de Mahatma House, todo arreglado.

Kendall frunció el ceño.

Rodábamos a muy poca velocidad.

Íbamos también con los faros apagados. Seguramente Kendall quería presentarse en el edificio de repente y sin dar a los que estaban en él demasiadas oportunidades de «prepararse».

—Pero es increíble —dijo—. No se ha producido ningún asesinato. Usted misma, Marta, ha dicho que aquel hombre, Cromwell, padecía un cáncer.

—Eso mismo le explicó él al fotógrafo, y supongo que era verdad.

—Entonces, ¿qué se pretende ocultando esas muertes?

—¿Cree que lo sé, Kendall? ¿Piensa que entiendo algo de todo ese horrible misterio?

Él negó con la cabeza. No creo que oyera mis palabras porque estaba absorto en el hilo de sus propios pensamientos. Mientras tomábamos la última curva susurró:

—No, no veo ninguna explicación para que esas muertes sean ocultadas, sobre todo tratándose de muertes naturales. De muertes absolutamente rutinarias, diría yo. Cabría la explicación si esa gente que vive en Mahatma House pagara unas pensiones fabulosas por habitar allí; en tal caso se buscaría que los muertos siguieran «pagando» incluso años después de estar en la sepultura. Pero, según se sabe en toda la comarca, las pensiones son más que modestas. Apenas llegan a lo que costaría la manutención en un sitio normal. ¿Qué se gana con ocultar esas muertes? ¿Qué sentido tiene?

—Ninguno, Kendall.

—Por otra parte, los que habitan en Mahatma House son gente pobre. Cuando salen por los contornos no gastan apenas nada. Ninguno de ellos tiene automóvil. Van al cine o compran algunas revistas, y eso es todo. ¿Qué beneficio económico hay en esa ocultación de cadáveres?

Volví a negar con la cabeza.

—Si pudiera entenderlo lo habría entendido todo, Kendall.

—Cabe otra posibilidad —dijo él.

—¿Qué posibilidad?

—Que todo eso sea un maldito sueño. Que nada de lo que usted ha visto haya ocurrido en realidad.

Me estremecí.

Otra vez estaba allí el horror misterioso, sutil, que me llegaba a las entrañas. Otra vez la sensación de que me enfrentaba a un mundo irreal donde nada de lo que me estaba sucediendo sucedía realmente.

Kendall se dio cuenta de mi turbación y musitó:

—Perdone, Marta, no debí decir eso.

—En todo caso ahora lo comprobaremos. Siga adelante, pregunte y verá lo que le contestan.

Él asintió. Encendimos los faros de pronto y el coche rugió mientras se lanzaba como una exhalación hacia la casa. Fue algo visto y no visto. Nadie tuvo tiempo de prevenirse cuando ya estábamos allí.

Kendall saltó de pronto.

Subió a toda prisa las escaleras que llevaban a la puerta principal. Quería cazar por sorpresa a los que estaban dentro. Pero de pronto alguien le detuvo.

Era un tipo fornido y que vestía irreprochablemente. Hizo un gesto para frenar a Kendall, poniéndole la mano en el pecho.

—¿Qué pretende a estas horas? —preguntó.

—He de hacer una investigación. Déjeme pasar.

—Y a mí déjeme ver la orden judicial de registro. Ésta es una institución privada.

Era verdad. Noté que Kendall se mordía el labio inferior, pues con aquello había cometido un fallo que de todos modos era inevitable. ¿Quién despertaba a un juez a aquellas horas para pedirle una orden de registro? De todos modos se encogió de hombros y fue a pasar, pero el tipo volvió a interponerse.

—Va a cometer un acto ilegal, Kendall —le dijo—. Aténgase a las consecuencias.

—No me importan las consecuencias, amigo. Yo me las compondré.

—Muy bien, entonces oiga esto: nada de lo que encuentre aquí tendrá valor legal ni podrá jamás ser exhibido ante un jurado por la sencilla razón de que habrá sido obtenido en un registro ilegal. ¿Le sirve esa razón o quiere otra?

Noté que Kendall se mordía de nuevo el labio inferior.

Sí, aquél sí que era un buen conflicto. Si efectuaba un registro

ilegal era como si no lo realizase. La ley inglesa, así como la de muchos estados norteamericanos, no permite exhibir como pruebas las que se han obtenido con métodos no autorizados.

—De acuerdo —dijo—, conseguiré esa orden.

Y volvió al coche.

No estaba lo que se dice de muy buen humor.

Perdería dos horas que quizá fueran decisivas, pero de todos modos no le quedaba otro remedio. Nos dirigimos a gran velocidad a Momnsen, donde tenía su residencia el juez, dispuestos a sacarle de la cama con gorro de dormir y todo.

Ahora conducía Kendall.

Los dos agentes que nos habían acompañado hasta Mahatma House permanecían en el cruce de caminos vigilando la casa para que nadie saliera de ella.

Mientras Kendall entraba en la casa del juez, yo permanecí en el vehículo sintiendo un miedo febril y escrutando las sombras de la noche. Me horrorizaba estar sola. A cada momento tenía la sensación de que Spectro iba a saltar sobre mí surgiendo de entre las sombras.

Y de repente estuve a punto de chillar.

Aquellos temores se materializaban.

Alguien estaba surgiendo de entre las sombras.

Alguien venía hacia mí, surgiendo de la neblina que cubría la pequeña ciudad provinciana.

Estuve a punto de lanzar un grito, pero de pronto me invadió una gran calma. Gracias a Dios no tenía nada que temer: la persona que avanzaba hacia mí era la muchacha de la bicicleta, la que en compañía de su novio me había ayudado en el bosque. Me pareció que en su sonrisa había una muda esperanza.

—No me había acostado aún —dijo—, porque sé que no podré dormir. La he visto llegar en el coche de la policía.

—¿Es que ocurre algo?

—No, nada de especial…, quiero decir que son cosas que ocurren en cualquier otro lugar del mundo. No me he atrevido a decírselo antes a Kendall, sobre todo porque estaba mi novio, pero prefiero que lo sepa.

—¿Qué es lo que debe saber?

—Usted ha sido atacada en Mahatma House, ¿verdad?

—Sí.

—Pues bien, a mi hermana la estropearon allí. Mi hermana es una chica algo ligera de cascos, ¿sabe? O muy ligera de cascos, mejor dicho. Y, en compañía de algunas otras que no son de la comarca, ha sacado mucho dinero de Mahatma House.

Tragué saliva, bruscamente excitada.

—¿Mucho dinero? ¿Y en qué?

—¿De qué modo puede hacer una chica ligera de cascos que le suelten pasta larga? Ella va de vez en cuando allí con otras. Dicen que son chicas de limpieza, pero eso no es cierto, porque la limpieza la hacen los mismos alojados allí para que nadie meta las narices donde no le importa. Lo que se organiza entonces son unas bacanales en compañía de algunos de los hombres que habitan Mahatma House y que todavía se conservan jóvenes. Les dan mucho dinero por eso.

Me estremecí brevemente. Cerré los ojos mientras susurraba:

—¿Entonces esa gente es rica?

—Claro que sí. Pocas personas lo saben, pero mi hermana es una de ellas. No quiere dejar sus «servicios» en Mahatma House porque gana pasta larga y encima aparece como una buena chica. Un sitio así debiera estar vigilado, porque cuando mi hermana empezó era una menor. Sé que hay otras chicas que han sido estropeadas del mismo modo. Y eso del dinero… Sí, tienen mucho. Por las cercanías no gastan nada, pero cuando hacen un viaje a Londres, donde nadie los conoce, se lanzan a gran tren. Hoteles como el Kensington Place, clubs de noche, chicas, champaña de la viuda Clipot y todo lo que les echen. Quisiera que todo eso lo supiera Kendall si es que va a registrar Mahatma House.

—Claro que lo sabrá —dije, mientras entrelazaba mis dedos nerviosamente—. No puede imaginarse el favor que me ha hecho. Había algo que no entendía y después de hablar con usted lo entiendo perfectamente.

Ella me tendió la mano a través de la ventanilla y se alejó. En aquel momento llegaba Kendall, quien no llegó a verla. Ya con la orden de registro en el bolsillo condujo a gran velocidad hacia Mahatma House.

Por el camino fui explicándole todo lo que me había contado la chica.

A pesar de la oscuridad noté que sus facciones se volvían de color ceniza.

Se mordió el labio inferior mientras barbotaba:

—De modo que esos perros han engañado a todo el mundo…

—Me temo que sí.

—Es un dato que no prueba nada o que quizá pruebe muchas cosas. De momento demuestra que hay dinero de por medio, lo cual da un móvil a algo de lo que ha sucedido… si a lo que ha sucedido le encontramos sentido alguna vez. Espere.

Estábamos llegando de nuevo a Mahatma House.

El mismo tipo corpulento esperaba en las escaleras. Kendall se dirigió a él llevando la orden de registro en la mano. Yo le seguí.

Y entonces empezó la pesadilla. Aquella pesadilla gris o quizá negra se transformó a partir de ese momento en una estremecedora sinfonía roja.

CAPÍTULO XV

De momento nada ocurrió. El hombre que estaba en la puerta hizo un gesto para que pasáramos, después de leer la orden de registro. Lo hicimos y Kendall preguntó por el director, por John Hunter.

—No está —le contestaron.

—¿Dónde está entonces?

—Ha salido.

—¿A estas horas?

—¿Y por qué no? Mahatma House no es una cárcel; cada uno puede hacer la vida que quiera.

Sólo con aquello ya confirmaba parte de lo que yo le había dicho, de modo que se dirigió a la chimenea. Me hizo una seña.

—¿Era aquí, Marta?

—Sí.

—Pruebe usted misma.

Probé pero no conseguí nada. Los ladrillos que antes se montaban y desmontaban como los elementos de un rompecabezas, tenían ahora una extraña solidez. Hice un gesto de impotencia y musité:

—No lo consigo…

Palpó él y se dio cuenta de que los ladrillos estaban recién puestos y el cemento estaba fresco. Había sido una burda patraña para fingir que allí no había ninguna entrada, confiando en que la orden de registro quizá se demorase. Pero eso también probaba que yo había dicho la verdad.

Sin demasiadas contemplaciones, Kendall derribó aquella pared recién hecha.

Y entonces llegó hasta nosotros un fétido olor no ya a cadáver, sino a carne y a madera recién quemadas. Kendall lanzó una maldición. Encendiendo su linterna, me hizo una seña para que le

siguiese y los dos nos precipitamos escaleras abajo.

Recuerdo que las piernas apenas me sostenían. Volver a aquel infierno era para mí como resucitar todas mis pesadillas, todos mis horrores…

Gracias a las linternas vimos abajo un espectáculo dantesco. De los cuerpos que yo había encontrado antes no quedaba nada, pues habían sido rigurosamente pasados por una cortina de fuego. El humo y el olor eran espantosos, pese a lo cual resultaban menores que lo normal en un sitio como aquél, sin ninguna ventilación. Kendall dio con una posible explicación cuando dijo:

—Deben haber utilizado un lanzallamas; de otro modo no se explica.

Paseó la mirada en torno suyo y al fin añadió:

—Pero no les ha quedado tiempo para trabajar bien. Los restos que quedan son suficientes para que un forense trabaje durante varias semanas y obtenga las conclusiones que quiera. Esta vez han caído con todas las de la ley, Marta.

Y salimos los dos. Yo estaba tan aterrorizada que pensé que nos matarían por haber descubierto aquello. Pero la expresión de los que nos aguardaban en el exterior era resignada, casi plácida. Quizá no se atrevían a atacarnos porque Kendall era demasiado importante; quizá porque los otros policías, aunque no llevaban armas, estaban atentos.

El hombre fornido que antes había detenido en la puerta a Kendall se acercó de nuevo a él.

—Nos opondremos legalmente a todo lo que usted ha hecho —dijo—. La orden de registro que trae no le autorizaba a derribar tabiques. Y además, ¿de qué piensa acusarnos?

—Por ejemplo, de asesinato. ¿Le parece bien?

—Je, je… No diga tonterías, Kendall. Los forenses no encontrarán ninguna prueba de que se haya matado a alguien violentamente. Todos los que están ahí abajo fallecieron de muerte natural, y eso podrá comprobarse aunque sólo queden sus cenizas.

—Pues entonces les acusaré de inhumación ilegal —dijo Kendall —. ¿Sigue pareciéndole bien?

—Haga lo que le parezca, Kendall. No es un delito demasiado grave, sobre todo si no demuestra quién lo cometió.

Aquellos tíos se conocían muy bien la cartilla y estaban

dispuestos a usar todos los resortes legales. A pesar del naufragio en que estaban metidos aún confiaban en salvarse y quizá lo lograrían. Kendall también debió pensar lo mismo, porque dijo bruscamente:

—¡Reúnanse todos en el comedor!

Le obedecieron. Adiviné que Kendall quería contarlos e identificarlos como primer paso para una acusación. Todos estaban vestidos, incluso las mujeres. Se reunieron en el comedor y Kendall se aproximó a la cabecera de la mesa. Yo quedé a un lado.

Y fue entonces cuando la vi.

Quizá ustedes se hayan dado cuenta de que los hechos, a partir del momento en que recobré el sentido en el bosque, habían sido más o menos normales; en realidad le podían haber ocurrido a cualquiera. Pues bien, a partir de ahora la realidad se había partido en mil pedazos, se había convertido en sucio polvo. Yo volvía a estar metida en un infierno inenarrable, en un mundo de pesadilla del que ya no lograría salir.

La mujer de Spectro volvía a estar allí.

La vi en una de las ventanas que daban a la galería superior situada sobre las mesas. Al principio me pareció distinguir sólo un rostro traslúcido e irreal. Luego la ventana se abrió y apareció de repente ella con toda su atmósfera de horror.

La aparición de la mujer de Drácula no me hubiera causado tanto efecto, no me hubiera hecho lanzar un grito como el que lancé entonces.

Sólo yo podía verla.

Gemí:

—¡Kendall! ¡Cuidado, Kendall!

No sabía aún por qué, pero adivinaba que iba a pasar algo horrible, puesto que la mujer de Spectro se mostraba tan claramente. Kendall dio un salto de manera maquinal sin saber qué era eso lo que le salvaba la vida.

Entonces todo volvió a tener para mí ese ritmo de cámara lenta que tienen las pesadillas. Vi surgir la primera granada de mano de la derecha de la mujer de Spectro. Luego voló la otra. Las dos dibujaron una parábola majestuosa en el aire, una curva que casi estaba llena de belleza, antes de estallar en el centro de los que se encontraban abajo.

Yo debí la vida al hecho de encontrarme situada lateralmente,

ya que de lo contrario me hubiesen despedazado también. Pero los hombres y mujeres que estaban reunidos abajo se vieron entonces envueltos en una especie de océano rojo. Las lenguas de fuego penetraron en sus caras. La metralla los despedazó.

Giré sobre mí misma.

Toda la casa temblaba.

Resbalé sobre una pared y de pronto me encontré con las manos manchadas de sangre. Fue una sensación tan espantosa que chillé como una loca mientras buscaba la salida. El humo me asfixiaba y los alaridos de muerte me destrozaban los nervios.

Creo que jamás hubiera encontrado la salida por mí misma si unos brazos poderosos no me hubieran sacado de allí. La mujer de Spectro ya había desaparecido, y justamente su desaparición daba un ambiente más irreal a la escena. Una vez fuera me depositaron en el suelo y empecé a respirar entrecortadamente.

Me di cuenta de que el que acababa de sacarme de aquel infierno era Kendall, el cual había entrado de nuevo en el ensangrentado comedor por si podía prestar sus auxilios a alguien más. Imposible calcular el número de muertos, pero los heridos pasaban de una docena seguramente. Yo creo que una tercera parte de la población de Mahatma House estaba fuera de combate. Había sido una masacre.

Traté de deslizarme hacia fuera.

No me sentía tranquila allí. Aparte de todo lo que ya había ocurrido, pensaba que de un momento a otro iba a suceder algo horrible.

Y no me equivoqué en absoluto.

Aquella nueva cosa horrible que yo había intuido ocurrió momentos después. Fue cuando vi de nuevo a aquel hombre que nos había cortado la entrada. Fue cuando le vi avanzar hacia mí con las facciones desencajadas, llevando las manos hacia mi cuello.

CAPÍTULO XVI

No sé si se hubiera atrevido a hacer algo contra mí, estando la policía tan cerca, pero en todo caso las circunstancias no me dejaron tiempo para comprobarlo. Porque en aquel momento la pesadilla volvió. Porque yo estaba metida en un mundo de muertos, pero de repente me vi metida en algo así como un mundo de resucitados.

Chillé frenéticamente, chillé hasta tener la sensación de que me volvía loca.

El que había aparecido por una de las puertas era… ¡Spectro!

¡Iba vestido de nuevo con sus viejos ropajes del siglo diecinueve!

¡Otra vez su cara tenía aquel color lívido, fosforescente, muerto!

No sé si venía directamente hacia mí. No lo recuerdo, pero en todo caso se encontró antes con aquel hombre fornido que, al parecer, representaba ahora el poder en Mahatma House. Oí un crujido, un grito y luego vi brotar la sangre.

El cuchillo de Spectro le había atravesado de lleno.

Vi que aquel hombre giraba sobre sí mismo, se llevaba las manos al pecho y caía pesadamente. Todo aquello sucedió en un momento y como en una serie de chispazos surgidos de una pesadilla. Tampoco supe si Spectro me hubiera atacado a mí porque en aquel momento apareció Kendall en la puerta.

Ignoro si llegó a verlo bien. Tengo la sensación de que sus ojos sólo se clavaron en el muerto. De repente Spectro desapareció por una de las ventanas que estaban abiertas. Un instante después se lo había tragado la niebla que rodeaba la casa.

Otra vez mis nervios me traicionaron; otra vez fui incapaz de resistir aquella tensión espantosa.

La sangre del último asesinado resbalaba hasta mis pies. Noté que todo daba vueltas en torno mío, pero en realidad era yo la que estaba dando vueltas antes de caer. Choqué con una de las paredes

y quedé doblada en el alféizar de una de las ventanas. Tuve suerte porque de lo contrario la sangre me hubiera alcanzado; habría sido un digno y diabólico fin para una diabólica pesadilla.

* * *

Después de un día de atenciones médicas en el hospital, durante el cual no me hablaron de nada de lo sucedido, fui trasladada a casa de Dudley. Después de todo, aquél era mi hogar por el momento. He de reconocer también que Dudley y Mónica, apenas les fue comunicado lo sucedido, vinieron a verme inmediatamente. Las atenciones y las horas que me dedicaron son cosas difíciles de olvidar.

Tanto que cuando ya estaba de nuevo en su casa le dije a Dudley:

—Creo que harías bien en despedirme. No os he dado más que preocupaciones desde que llegamos aquí.

Dudley me miró tristemente. No cabía duda de que estaba envejeciendo a marchas forzadas. Sus manos seguían temblando y supe que no había dibujado un solo trazo en los últimos días. Pero trató de animarme mientras me servía una taza de té con licor; era una mezcla muy bien preparada y capaz de devolverle la moral a un condenado a muerte.

A Kendall, que estaba con nosotros, también le preparó otra. Kendall había venido a ver cómo me encontraba después de todo aquel inexplicable drama. Bebimos en silencio y luego el policía sintió clavada en los suyos la mirada interrogativa de mis ojos. Con voz que quería parecer tranquila me explicó:

—Sí, ya sé que está usted preguntándose docenas de cosas, Marta, pero desgraciadamente no puedo contestarle a todas aún. Lo único que sé es que en Mahatma House hubo once muertos y quince heridos, y que Scotland Yard se ha hecho cargo del caso porque éste desborda las posibilidades de una simple policía local. También ha llegado prensa especializada de todo el país. Este lugar tan tranquilo se ha transformado de pronto en una especie de Vietnam, donde no se sabe quién es amigo y quién es enemigo, quién vive y quién muere.

—Por lo menos quién muere sí que se sabe —dije—. ¿Hay orden de detención contra alguien?

—Contra Frank Montgomery, que ha desaparecido. Él no figura entre los muertos.

—Frank Montgomery es Spectro —susurré.

—Eso es algo que quizá no podremos aclarar jamás, Marta. Para nosotros, Spectro no existe.

—Y tampoco su mujer…

—Su mujer está muerta, ¿no?

—¡Por favor!… ¡Yo misma la vi decapitar a un hombre después de descubrir su cadáver!…

Kendall hizo un gesto dubitativo. Comprendí que los dos estábamos metidos de nuevo en el mundo imposible de los sueños. Afortunadamente Dudley conservaba la cabeza clara, porque centró la cuestión de nuevo:

—Kendall… —musitó—, los supervivientes de Mahatma House estarán siendo interrogados, supongo, y habrán hablado. ¿Qué han dicho? Ellos son las únicas personas de las que se puede obtener la verdad. ¿O quizá esa verdad es todavía secreta?

Kendall negó. Dijo con voz suave:

—Puedo decírselo, Dudley, porque además los periódicos ya han insinuado algo: en Mahatma House había dinero. Ahora bien, ¿de dónde lo sacaban? De algún sitio, pero se da la casualidad de que los únicos que conocían ese sitio han muerto, a excepción de Frank Montgomery (o Spectro como le llama Marta) que ha desaparecido. Los simples pensionistas estaban muy bien mantenidos y recibían además una especie de paga mensual para sus gastos, que a veces consistían en francachelas y en vicios llevados con una gran discreción. En realidad todo el mundo consideraba Mahatma House como un sitio pobre.

Hizo una breve pausa y añadió:

—Pero de dónde salía el dinero no lo sabemos. Unas cuantas personas, de las cuales sólo Montgomery está viva ahora, lo sacaban de algún sitio. No hemos hallado más que unas pequeñas cuentas corrientes y unas listas de valores de escasa importancia. No. Los fondos de Mahatma House salían de algún lugar que ignoramos aún.

—¿Donativos?…

—No creo. Por lo menos no hemos averiguado nada.

—¿Y por qué no daban cuenta de las muertes que se producían? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Qué ganaban con eso, enterrando secretamente incluso a los que fallecían de muerte natural?

—Fingir que el número de pensionistas estaba completo y así no tener que admitir a nadie más. En el registro de entidades benéficas figuran con el número de plazas que oficialmente fingían tener ocupado siempre.

—Muy bien. ¿Pero por qué?

—A fin de que personas extrañas no intervinieran en el «reparto». Necesitaban estar libres de indiscreciones. Sólo los «iniciados» tenían un sitio en Mahatma House.

Me estremecí.

Otra vez me sentí envuelta en las nubes de la pesadilla.

—¿Iniciados? —musité—. ¿Es que se trata de alguna secta diabólica?

—Oh, no… Los acogidos en Mahatma House tienen un origen mucho más prosaico y que hace años se hubiera considerado mucho más peligroso.

—¿Qué origen es ése?

Las juveniles facciones de Kendall se contrajeron un poco mientras musitaba:

—Parecerá asombroso, pero el que fundó Mahatma House era el jefe del espionaje alemán en la India. Eso no se ha sabido hasta ahora. Con las enormes sumas que tenía a su disposición para pagar a los agentes, compró ese edificio y lo transformó en una especie de institución benéfica. Pero sólo se alojaron en él ciento diez personas, ciento diez hombres y mujeres cuya documentación había falsificado cuidadosamente. Como era un experto y disponía de una imprenta clandestina, eso tampoco fue tan difícil. A casi todos ellos los «sacó» de campos de concentración nazis. Pero en realidad eran los guardianes de un campo que se hacían pasar por prisioneros en otro donde no les conociera nadie. Súbditos ingleses, australianos, franceses o belgas, ninguno de ellos encontró oposición para instalarse en una institución benéfica de Gran Bretaña. Al contrario, la gente dijo: «¡Pobrecillos, cuánto han sufrido!…».

Dudley se mordió el labio inferior. Sus ojos brillaron. Supuse que le dolía haber sido incapaz, a pesar de su imaginación, de

inventar él una historia semejante.

—De modo que ése era un refugio para criminales de guerra… —musitó.

—Exacto. Es el único aspecto en el que todo está claro. Pero esa gente disponía de una fortuna que sólo unos cuantos directivos de Mahatma House conocían realmente. Dudo que la encontremos jamás, a menos que Montgomery aparezca.

Cerré un momento los ojos.

Spectro… La mujer de Spectro… ¡Dios santo! ¡Eran seres que no existían! ¿Qué tenían que ver con una sórdida y concreta historia de dinero escondido y de criminales de guerra?

—La razón de aquella matanza causada por las granadas de mano la ignoro —dijo Kendall—. ¿Pero para qué atormentarnos más con todo esto, Marta? Más vale que olvide todo esto si es que puede. ¿Por qué no vuelve a Londres?

—Siento como una secreta fascinación… —dijo con voz densa—. Siento como si me hubieran embrujado.

Kendall me estrechó un brazo. Me di cuenta de que aquel hombre me apreciaba sinceramente y de que estaba asustado. En efecto, lo que yo acababa de decir era demasiado alarmante.

—Podría transformarse en una obsesión —murmuró—. Más vale que se vaya de esta comarca, muchacha.

—Lo haremos —dijo el propio Dudley—. Ya estoy harto de todo esto. Me equivoqué al alquilar esta casa y voy a olvidarla para siempre. Por mí, que se vaya al infierno.

—¿Entonces nos iremos? —susurré.

—Cuanto antes.

No sé si sentí alivio o pena. Sería incapaz de decirlo. Pero aún sentía en el fondo de mis nervios un miedo muy sordo, porque me daba cuenta de que la pesadilla no había terminado. El honorable matrimonio Spectro aún podía presentarse allí.

Algo, en el fondo más recóndito de mí misma, me decía que no me equivocaba.

CAPÍTULO XVII

Durante un día nada ocurrió. Por los periódicos yo me había enterado de que los agentes llegados especialmente de Scotland Yard buscaban en todas partes, pero sin encontrar nuevos indicios. Todo lo que se iba averiguando reafirmaba simplemente lo que Kendall me había dicho. Pero de lo realmente atroz para mí, es decir, de los Spectro y su misterioso mundo, nadie decía una palabra.

Dudley y su esposa Mónica seguían portándose muy bien conmigo. Cuando yo hablé de empezar algunas historietas que ya estaban encargadas, se negaron rotundamente: lo único que tenía que hacer era descansar y prepararlo todo para irnos de aquella maldita casa.

De modo que embalamos las cosas con cuidado: los instrumentos de dibujo, los libros indispensables de consulta, las ropas, los cubiertos de plata que nos habíamos traído…

Eso el propio Dudley me lo confió a mí. Me entregó la cubertería y las cajas forradas de terciopelo y musitó:

—¿Quieres guardarlo? Eso es mejor que lo hagan unas manos femeninas.

—Claro… ¿Sabes que ya no me importa marcharme, Dudley?

—Pues ayer me pareció que te daba pena.

—Ya no. Ayer hacía un día magnífico, y ahora ha vuelto a surgir la niebla. Fíjate… Parece como si sus brazos nos envolvieran… Esta casa está maldita, Dudley. Creo que ninguno de nosotros ha sido feliz aquí.

Él negó con la cabeza.

—No, yo al menos no —dijo.

Había una tristeza profunda en su voz. Una tristeza que iba más allá de las circunstancias.

Entrecerré los ojos. Creía sentirme atraída hacia él y, al propio

tiempo, me repelía.

Es posible que los hombres no me entiendan; creo que las mujeres sí que me entenderán.

Aquél era un impulso desconcertante para mí. Era excitante. No pensaba entregarme a Dudley ni hacer traición a su esposa, en parte porque eso era indigno y en parte porque Kendall me interesaba mucho más, aunque Kendall tal vez nunca se fijaría en mí. Pero de todos modos el recuerdo excitante y maligno estaba allí. No pude evitar preguntarle con voz lenta:

—¿Qué pasa? ¿No te hace caso tu mujer?

—Mi mujer no hace caso a nadie, excepto a sí misma. Es muy distinta de ti, Marta.

Hizo un gesto impulsivo. Se aproximó a mí. Su aliento me quemó.

—Si yo me atreviese… —musitó—. Si tú quisieras…

—Debieras olvidarlo, Dudley —musité.

—¿Crees que eso es fácil? ¿Crees que podré vivir indiferente junto a una mujer como tú?

—En ese caso lo razonable sería separarnos.

Sus manos rozaron levemente mi espalda. Sus dedos vibraban, quemaban. Acariciaban, temían.

—Eso nunca, Marta. Tú me interesas.

—¿Como profesional?

—Me interesas como mujer, Marta.

Mis labios temblaron. Hice un gesto definitivo. Me olvidé de que en otras circunstancias tal vez había sido una pequeña zorra.

—Nadie tiene la culpa si te equivocaste al casarte, Dudley —murmuré—. Apechuga con ello.

—Mónica se casó conmigo por interés.

—Qué tontería… Tampoco ganas tanto. Se llevan más dinero los intermediarios que tú.

—No es sólo eso… —sus manos volvían a temblar—. Yo podría darte más de lo que tú imaginas, Marta.

Fue a estrecharme de nuevo en sus brazos. Pero fue en ese momento cuando Mónica gritó desde una habitación contigua:

—¿Vienes o no? ¿Es que no vamos a acabar nunca con este embalaje?

Su voz era desagradable, áspera. No debía ser una mujer fácil de

tratar la tal Mónica. Dudley hizo un gesto de impotencia y me dejó sola.

Fui ordenando poco a poco los cubiertos. Los tenedores de plata, las cucharas, los cuchillos…

Y entonces —después de aquel turbio minuto sentimental— el horror volvió a mí. Entonces la niebla tendió los brazos hacia mi garganta. Entonces supe de nuevo lo que era el miedo, la impotencia y la angustia. Entonces…, ¡lo vi!

¡A Spectro!

¡Spectro venía hacia mí!

¡Había surgido de las entrañas de la niebla!

CAPÍTULO XVIII

A pesar de mi miedo he de reconocer, siendo sincera, que la actitud de aquel extraño fantasma no podía ser más natural. Vino como el que viene de visita. Surgió de la niebla que rodeaba la casa y abrió la pequeña puerta que daba al jardín, entrando en la habitación en que yo me encontraba. No parecía abrigar el menor temor. Se movía con esa implacable seguridad con que deben moverse los muertos.

No iba vestido a la manera del siglo XIX, como yo le había visto, por ejemplo, al matar al hombre fornido en Mahatma House. No iba vestido a la manera con que lo había dibujado Dudley, sino con los pantalones de franela gris y la chaqueta de pana apta para pasear por los campos. Pero sus ojos misteriosos, profundos, maléficos, eran los mismos. También lo eran sus manos largas, de dedos afilados, que se tendieron hacia mí de pronto.

Fue un gesto extraño.

¿De amistad?

¿De súplica?

¿Qué quiso decirme aquella mirada que parecía llegar del otro mundo?

En aquel momento no pude saberlo. Era incapaz de pensar e incluso incapaz de ver. Todo me parecía difuminado por la niebla. Pero había una sola cosa cierta, y era que Spectro estaba allí. Spectro había venido a buscarme. ¡Había surgido de la nada para caer sobre mí!

No supe lo que me ocurrió.

A veces, cuando lo recuerdo, aún noto en la garganta la angustia de aquel momento. Aún veo a Spectro avanzar hacia mí. Aún noto el temblor de mis manos.

Mis manos que estaban guardando la cubertería. Mis manos que podían aferrar en aquel momento el enorme cuchillo de trinchar

carne.

No sé por qué lo hice.

El miedo me dominaba.

Volvía a ser una chiquilla sacudida por el vendaval del terror. Era incapaz de pensar, de ver… Sólo era capaz de mover la mano derecha… ¡Y de levantar aquel cuchillo donde estaba la muerte!

Otra vez la cámara lenta.

Otra vez al arco trágico de mi mano como si aquel gesto no se hubiera de acabar nunca.

Hundí el cuchillo en la garganta de Spectro.

Una vez.

Dos veces.

Vi su sangre.

Sus ojos desencajados.

Sentí en mi propia piel, como si a mí también me estuvieran acuchillando, el dolor de su muerte.

Spectro cayó de rodillas. Me miraba con sorpresa y con odio a la vez. Su última mirada…

De pronto solté el cuchillo y caí a tierra yo también. Pero esta vez no perdí el conocimiento.

Fue una suerte.

Aún me faltaba lo más fantasmagórico, lo más irreal. Si llego a perder el conocimiento no hubiera podido contarlo.

CAPÍTULO XIX

Como todas las cosas irreales, ésta empezó de una forma absolutamente real. Empezó con una voz muy concreta y muy audible, que hablaba por teléfono. La voz atravesaba las paredes y llegaba hasta mí como una auténtica revelación. Era nada menos que Dudley quien decía:

—¡Kendall! ¡Venga en seguida, Kendall! ¡Ha ocurrido algo espantoso! ¡Marta Liverpool ha matado a Montgomery! ¡Sí, ha sido en mi propia casa! ¡No sé a qué vendría Montgomery, pero ella lo ha matado! ¡Venga en seguida antes de que cometa una locura!

Sentí que se me helaba hasta la saliva en la boca.

No pude articular palabra.

¿Cómo sabía Dudley que yo acababa de matar a Spectro si no podía haberlo visto? ¿Guiándose sólo por los gritos? Pero entonces, ¿cómo sabía que la víctima era Spectro?

Un pensamiento espantoso penetró entonces en mi mente poco a poco. Se diluyó en mi sangre como un chorro de veneno.

¿Quizá Dudley ya lo sabía antes?

¿Quizá todo estaba preparado y por eso me habían dado a guardar precisamente los cuchillos?

¿Quizá era todo una miserable y repulsiva trampa?

No entendía las razones de toda aquella maquinación —si es que la maquinación existía—, pero algo se sublevó en mí. Quise aclarar las cosas antes de que Dudley colgara. Quise ser yo también la que hablara con Kendall.

Atravesé la puerta.

Y vi el teléfono colgado.

Dudley ya no estaba allí.

Por lo visto había terminado de hablar.

Ahora el pasillo era una larga extensión silenciosa, vacía, tragada por la niebla.

Mis músculos se contrajeron.

Sentía un miedo atroz, una sensación indefinible a lo largo de toda la columna vertebral.

¿Por qué aquel vacío?

¿Por qué aquel silencio?

Otra vez tenía la sensación de estar sola en un planeta misterioso.

Avancé poco a poco.

Oía el ruido de mis propios pasos como un enigma y como una obsesión.

La otra sala.

Nada.

El silencio otra vez.

Las ventanas bañadas por la niebla.

Igual que si a Dudley y a Mónica se los hubiera tragado la tierra para siempre.

Tendí los brazos para apoyarme en una de las paredes al andar, como si yo fuese una ciega. Estaba perdiendo el equilibrio de tal forma que no me atrevía a dar un paso. Llegué al dormitorio de Dudley y de Mónica. El miedo me sobrecogió porque sabía que allí encontraría algo, porque sabía que allí estaba la clave del misterio.

Hice acopio de valor. Apreté los labios… ¡Tiré de la puerta hacia mí!

El cadáver que estaba apoyado en la hoja de madera por el otro lado, a punto de resbalar, pareció saltar sobre mí igual que si estuviera dotado de vida. Vi sus ojos desencajados, capté el dibujo de su boca que parecía venir hacia mi boca, sentí sus manos en mi cuerpo.

No llegué a mancharme con su sangre.

Hubiera sido algo imposible de resistir.

Pero sí que me di cuenta de la atroz cuchillada en el centro de su corazón. Me di cuenta de que en sus facciones había quedado cristalizada una postrera expresión de asombro. Vi que el muerto era…

¡El propio Dudley!

CAPÍTULO XX

Otra vez la sensación de que las tinieblas me envolvían y me ahogaban. Otra vez el silencio espantoso de la casa, otra vez aquellas manos llegando hasta mí desde todos los rincones del silencio.

No sé cuántos minutos estuve mirando como hipnotizada aquel cuerpo, sin atreverme a hacer un movimiento. Mis músculos no respondían y era incapaz de dar un solo paso.

Pero en cambio mi cabeza trabajaba. Ya lo creo que trabajaba… Pensé más cosas en aquellos minutos que en todos los días de mi vida, mientras veía que la niebla seguía avanzando hacia mí como una masa viscosa y que me envolvía lentamente.

En primer lugar traté de calcular lo que tardarían en llegar hasta allí Kendall y sus hombres. Dudley les había llamado, pero había al menos quince minutos hasta la casa, y eso rodando a toda velocidad. De los quince minutos habían pasado unos cinco; yo era, pues, una condenada a muerte durante seiscientos interminables segundos, cada uno de los cuales me dejaba al pasar como un pinchazo en el cráneo.

Traté de comprender también por qué había muerto Dudley. No lo entendía. Pero tenía que haberle matado alguien que le conociera muy bien y que le había atacado por sorpresa, ya que la puñalada era muy certera y él no parecía haber podido hacer ningún gesto para defenderse.

Mi impulso fue salir de la casa.

Sí, eso tenía que hacer: huir. Huir si quería aún salvar mi pobre piel…

Pero no podía.

Como si yo estuviera hechizada algo me retenía allí, en aquella maldita casa de la niebla.

Volví a avanzar poco a poco. Nunca había sentido un frío tan

atroz, tan científico hasta el fondo de las venas. Pasé por encima del cadáver y atravesé otra puerta.

Silencio.

Aquel vacío atroz me rodeaba como si yo estuviera sola en el mundo. Dejé atrás unos cortinajes donde parecía que debía estar acechándome alguien. La tensión en mi columna vertebral era tan insoportable que tenía la espalda rígida.

La última puerta.

Un poco más allá ya estaba el jardín por el que yo podría huir. De pronto me había entrado una terrible impaciencia por llegar hasta él. Empujé aquella puerta.

Y entonces la vi de espaldas.

Estaba sentada en una mecedora.

Se balanceaba suavemente y llevaba el abrigo de astracán hasta los pies. Sus manos estaban levemente alzadas. Sus cabellos tenían un brillo mortuorio entre la niebla.

Fui a retroceder pero no pude. Las fuerzas me fallaron de nuevo. Quise saltar hacia el jardín y me pareció que estaba a miles de millas de distancia. Como hipnotizada miré aquella figura que aún estaba de espaldas a mí.

Se volvió de repente.

Y entonces vi sus ojos malévolos, su boca torcida. Entonces no pude más y lancé un grito ululante que llenó la casa, pero que ya nadie podía oír. Entonces me encontré cara a cara… ¡con la mujer de Spectro! ¡Llegaba hasta mí con el mismo cuchillo tinto en sangre que había matado a Dudley! ¡De los seiscientos segundos habían pasado menos de cien y yo ya estaba ante la propia muerte!

* * *

Supe que ya no podía hacer nada para evitarlo. No sólo estaba desarmada, sino que las piernas se negaban a sostenerme. Jamás llegaría al jardín ni sería capaz de retroceder por donde había venido. La muerte estaba ante mí y avanzaba poco a poco con la fatalidad de lo inevitable. Me acordé de la muchacha abierta en canal, de la primera víctima que había visto. Pensé que dentro de poco yo produciría el mismo horrible efecto.

La mujer de Spectro vino sobre mí.

Movió el cuchillo en el aire. Dibujó con él una parábola cruel, suave, perfecta…

Yo chillé otra vez y el grito repercutió en toda la casa, pero supe que de nada serviría. Me pareció sentir ya el frío del acero en las entrañas. Cerré los ojos y me preparé a morir.

Era un sucio final para una chica que había dibujado tantos muertos. Ahora podría servir de modelo yo misma.

CAPÍTULO XXI

Fue entonces cuando oí aquel ruido del motor del coche lanzado a toda velocidad; era un coche que debía brincar entre los árboles y que amenazaba con estrellarse contra la casa, tan lanzado venía.

Otra vez mi cerebro volvió a funcionar con fantástica rapidez. Me dije a mí misma que Kendall estaba más cerca de lo que imaginaba cuando le avisaron y por eso había llegado unos seis minutos antes de lo calculado. ¿Pero de qué me servía a mí eso ya? ¿Qué podía hacer si ya tenía la punta de acero a dos centímetros de mi piel?

Fue mi instinto de defensa lo que me hizo moverme en la última décima de segundo, sin que mi voluntad interviniera en ello. Me ladeé y el cuchillo me hizo sólo una herida en la cadera. Oí una especie de gruñido animal. Mientras tanto, el coche ya estaba tan materialmente encima que incluso Kendall debía ver lo que ocurría a través de la ventana abierta.

Podía haberme salvado con un disparo, pero los policías ingleses no llevan armas. Su presencia, sin embargo, fue bastante para que la mujer de Spectro se sintiera perdida, la vi correr hacia uno de los cajones del secreter.

Lancé un nuevo chillido porque Kendall no podía ver lo que ella acababa de sacar, pero yo sí. Quise advertirle aunque me daba cuenta de que iba a ser inútil.

Aquella diabólica mujer tenía en la derecha una granada de mano como las dos que había lanzado en Mahatma House. Enviándola sobre el capó del coche, que ya estaba junto a la ventana, provocaría una catástrofe y mataría a todos los que estaban dentro.

La vi avanzar hacia aquella ventana.

Iba a lanzar sobre seguro.

No podía fallar.

También en ese instante yo pensaba febrilmente, pero no sé si llegué a formularme con claridad lo que hice. Obré maquinalmente. Tiré con furia del borde de la alfombra a cuyo extremo estaba la mujer.

El resultado fue que perdió el equilibrio mientras lanzaba un sordo grito. La bomba resbaló de entre sus dedos. ¡Cayó materialmente a sus pies!

Otra vez me ocurrió lo de antes: las cosas parecían movidas por una diabólica cámara lenta. Vi los ojos desencajados de la mujer. Vi la bomba que daba dos saltos casi grotescos, como si estuviera animada de vida. Me tapé los ojos mientras saltaba a cubrirme frenéticamente tras una de las butacas.

Me pareció que la explosión se llevaba los tabiques y destrozaba la casa entera, pero eso fue porque mis oídos no estaban acostumbrados. Un experto, por ejemplo, hubiera dicho que la explosión había sido modesta. Pero bastó para abrir en dos la cabeza de aquella mujer, para arrancarle una mano y, por supuesto, para hacer volar su peluca y su maquillaje. Entonces la vi bien, entonces pude darme cuenta de lo que había debajo de aquella máscara. Entonces mis ojos asombrados, todavía desencajados por el horror, vieron a… ¡Mónica! ¡La esposa de Dudley!

CAPÍTULO XXII

Hubiera hecho miles de preguntas a Kendall cuando me sostuvo en sus brazos, pero sólo pude hacerle una, y esa pregunta fue muy sencilla y al mismo tiempo muy trágica:

—Ella ha matado a su propio esposo. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Imagino que tuvo unos rabiosos celos de ti —dijo Kendall al cabo de unos instantes de reflexión—. No quería perdonar a ninguno de los dos. ¿Pero le diste algún motivo? ¿Teníais algún plan Dudley y tú?

Me di cuenta de que había sufrimiento en sus ojos al hacer aquella pregunta; comprendí que de mi respuesta dependían tantas cosas para aquel hombre que hubiera necesitado estar loca para no darme cuenta de que me amaba. Pero ahora yo ya había dejado de ser una pequeña zorra. Lo único que sentía era un dulce deseo de llorar.

—Dudley me besó un día —confesé sinceramente—. Quizá nos vio. Hace poco me propuso fugarnos juntos y desbancarla a ella; yo me negué, pero quizá Mónica, al oírlo, creyó otra cosa.

—Eso tuvo que ser sin duda. Y mató a Dudley como luego te hubiera matado a ti. Echó todo su plan a rodar movida por un rabioso deseo femenino de venganza.

—¿El plan? ¿Qué plan?

—El de apoderarse del dinero que permitía mantener Mahatma House y del que disponían Montgomery y otros jefes —susurró Kendall—. Todos eran antiguos nazis, como ya sabes, y conoces también el medio que emplearon para llegar a este país. Pero el dinero que lograron introducir aquí era muy superior al que imaginamos. Yo creo que era todo el destinado a pagar a los espías alemanes en Gran Bretaña, o sea una fabulosa fortuna en dólares, libras y oro cuyo valor ha aumentado con el tiempo. He pensado mucho y estoy convencido de que lo tienen oculto en el llamado

Cementerio de los Vikingos. La primera muchacha que murió y que tú encontraste en el museo Livingstone vivía allí cerca en compañía de un hombre que debía guardar de cerca aquel tesoro. Anoche apareció asesinado también. El plan de Dudley y su mujer era eliminar a todos los que conocían la existencia de ese dinero para poder apoderarse de él.

—¿Ésa fue la razón de que quisieran matar a los principales directivos de Mahatma House?

—Sí. Cuando ella lanzó las dos bombas quería matar especialmente a Montgomery, que como suele ocurrir siempre en estos casos fue uno de los que se salvó. Los demás apenas le interesaban porque no sabían dónde estaba el dinero y eran, por tanto, simples comparsas que poco podían estorbar.

—¿Pero cómo averiguó eso Dudley? —susurré, mientras sacaba las carpetas donde estaban sus últimos trabajos y donde tenía los bocetos de Spectro—. ¿Cómo pudo saberlo?

—Imagino que durante sus viajes, revolviendo viejos papeles y hablando con personajes de todas clases. No olvides que era un dibujante y escritor de fama mundial. Había hablado con gentes de toda clase y tenía enlaces en numerosos países.

—Pero él se ganaba bien la vida —protesté—. No necesitaba meterse en esta aventura diabólica…

—¿Se lo ganaba últimamente? ¿Estás segura? —me preguntó Kendall, mirándome fijamente—. He averiguado que le temblaban las manos, en especial la derecha. ¿Lo habías notado tú?

—Sí, claro que sí, pero… No le daba importancia al hecho de que no dibujara. Creí que era por los nervios…

—Sí, los nervios, sin duda, pero de otra clase. Dudley sabía que estaba enfermo y que ya no podría dominar el temblor de sus manos jamás. Otra persona hubiera buscado alguna ayuda u organizado su trabajo de otro modo, pero él no. Él era ambicioso y su mujer debía serlo más aún. Mónica, que se había casado con Dudley porque éste ganaba dinero, no se resignaba a la mediocridad. Debió ser ella la que le empujó a aprovechar las noticias que tenían y pasar a la acción.

—¿Pero cómo lo organizaron? ¿Qué clase de acción era ésa?

—Dudley sabía que, para apoderarse del dinero, tendría que matar a varios hombres peligrosos, uno de los cuales sería

Montgomery. Éste era un tipo en verdad siniestro como tú sabes; tanto que inspiró a Dudley su personaje de Spectro. Y te lo enseñó sólo a ti porque tú eras su coartada.

—¿Su coartada?

—Sí. Si un día él mataba a Spectro, tú declararías que lo había hecho en un momento de obsesión o de debilidad mental transitoria. Lo máximo que podían caerle en esas condiciones eran dos años, y lo que iba a ganar bien valía la pena. También creó la figura de su mujer, pero ésta ya estaba muerta y era una de las pocas que no figuraban en los archivos de Mahatma House. Fue Mónica la que se disfrazó siempre como si fuera la mujer de Spectro. En todos los casos fue Mónica, incluso cuando cometió el crimen con el hacha, lo cual —tras tu declaración— haría que persiguiesen a otra persona, no a ella. En cambio a Spectro lo viste a veces como Montgomery y a veces como Dudley disfrazado. En ese caso puede decirse que Spectro era un personaje real.

Hizo una pequeña pausa y añadió con voz cortante:

—Todas las apariciones ante ti estuvieron destinadas a sumergirte en ese clima, a hacerte servir de testigo en ciertos crímenes y a hacerte ver lo que ellos querían que vieses. La jugada maestra, sin embargo, ha consistido en emplear tus propias manos para matar a Montgomery, su peor enemigo. Dudley le ha debido citar en esta casa para ofrecerle una posibilidad de huida, pues el otro era un perseguido por la policía; Montgomery lo ha creído y ha venido a esta casa a la hora prevista por Dudley, justo a la hora en que estarías tú… ¡guardando los cuchillos! Tu reacción de terror habría de ser tan natural que existían diez probabilidades contra una de que atacaras a Montgomery, como así ha ocurrido. Luego él sólo tenía que llamar a la policía, es decir, a mí. Tú ibas al tribunal…, ¡y él al Cementerio de los Vikingos a retirar sin estorbos el oro!

Sentí al mismo tiempo pena y náuseas. Sentí unos terribles deseos de llorar. Sólo la mano de Kendall, aquella mano fuerte y animosa, me prestaba ayuda.

—Todo les hubiese resultado perfecto —terminó—, de no ser por los celos de Mónica, que creyó iba a ser traicionada en el último momento. Incluso debió pensar que la llamada de su marido a la policía era falsa y que os fugaríais los dos. De verdad lo siento,

Marta. Ha sido una experiencia demasiado terrible para ti…

No contesté. Con las facciones rígidas, con los brazos caídos sin fuerza a lo largo del cuerpo, salí al jardín. Kendall me siguió; yo sabía, adivinaba, que su presencia no me faltaría ya nunca. Pero no vi ni siquiera el lago porque la niebla lo cubría todo; no vi tampoco que mis pies hollaban una hoja de papel arrojada por el viento.

Era uno de los bocetos de Spectro.

Pasé sobre él sin mirarlo.

La pesadilla había terminado. Spectro quedaba atrás. Se había ahogado entre la niebla.

Me apoyé en un árbol y entonces los brazos de Kendall rodearon un momento mi talle. Yo sentía un infinito consuelo, pero al mismo tiempo me dominaban aquellas ganas dulces y vehementes de llorar.

—Por favor —pude decir—. No hagas eso aún… Estás de servicio y te comprometes.

Pero no hacía falta. Los hombres de Kendall —todo hay que aclararlo— habían vuelto discretamente la espalda.

F I N



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia,* alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona,* novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Jurado previo que se reúne para decidir si ha habido delito y si del mismo puede ser acusada alguna persona concreta a la que hay que procesar. Realiza en parte las funciones que entre nosotros son propias del Juez de Instrucción. < <